

**TERCER CONCURSO DE CUENTOS**  
**SQM Y EL MERCURIO DE ANTOFAGASTA**



**CUENTOS**  
**DE LA PAMPA**

# CUENTOS DE LA PAMPA



TERCER CONCURSO DE CUENTOS  
SQM Y EL MERCURIO DE ANTOFAGASTA





**TERCER CONCURSO DE CUENTOS  
SQM Y EL MERCURIO DE ANTOFAGASTA**

**CUENTOS  
DE LA PAMPA**

Antología  
Ganadores Concurso  
CUENTOS DE LA PAMPA  
SQM - El Mercurio de Antofagasta

# PRÓLOGO

El interés por la Pampa y sus historias nuevamente nos sorprende. Cerca de 350 autores participaron de esta Tercera Versión del Concurso de Cuentos de la Pampa, una instancia creativa que ha ido ganando fuerza, convocando a la más variada gama de amantes de la literatura, deseosos de que su historia se plasme en las páginas de este libro que se edita con los ganadores.

La Pampa atrae, encanta e inspira. Y ése es precisamente el objetivo de este Concurso. Incentivar la creación literaria en torno a un estilo de vida, una cultura, una parte de la historia de Chile que debe ser mantenida y difundida. Con orgullo vemos que nos acercamos a este objetivo, que en cada versión son más los cuentos participantes, con autores que no sólo se circunscriben a las regiones del norte donde las oficinas salitreras poblaron el árido paisaje del desierto. Son cada vez más los participantes que provienen de la zona central y sur del país, demostrándonos que la Pampa encanta incluso sin conocerla. Basta un relato, como los que abundan en estas páginas, para enamorarse de su historia y casi sin quererlo, transformarse en un difusor de una época que marcó la idiosincrasia de nuestro país.





# INDICE

1° lugar

**BAJITO FORTUNO, EL AJICITO Y LA ASOMBROSA  
BANDA DE HILDA TEJERINA**

*José Miguel Ossandón Aguirre* ..... 13

2° lugar

**CHACABUCO: CONTRAPUNTO DE LA MEMORIA**

*Javier Díaz Sánchez* ..... 37

3° lugar

**EL ÚLTIMO CAMPEONATO**

*Rodrigo Ramos Bañados* ..... 51

1° Mención Honrosa

**EL BURRO DE LA OFICINA MAPOCHO**

*Nancy Zepeda Zomoza* ..... 69

2° Mención Honrosa

**LOS DUEÑOS DE MARÍA**

*Mario Castillo Suárez* ..... 77

3° Mención Honrosa

**WILKINSON**

*Patricio Patrickson Parada* ..... 93



PRIMER LUGAR  
**BAJITO FORTUNO, EL AJICITO Y LA  
ASOMBROSA BANDA DE HILDA TEJERINA**  
*José Miguel Ossandón Aguirre*

*José Ossandón Aguirre nace el 30 de octubre de 1972, en Chuquicamata. Sus estudios primarios los realizó en Copiapó, Ovalle y Antofagasta. En 1992 ingresa a la Universidad José Santos Ossa donde cursa la Carrera de Periodismo, donde egresa y se titula cinco años más tarde. En 1997 trabajó como periodista del diario La Cuarta, en Santiago. En 1998 regresa a Antofagasta para formar parte del equipo periodístico de El Mercurio de esta ciudad. Allí cumplió labores como editor de Espectáculo y a cargo del extinto suplemento de cultura "Sabella". En el 2002 se traslada a la Quinta Región para trabajar en El Mercurio de Valparaíso, donde hasta hoy se mantiene. Ha publicado cuatro antologías de cuentos: "Aquelarre al que la Agarre", "Pretérito Imperfecto", "Población Flotante" y "Gente que va al Estadio" (en coautoría con los escritores Patricio Jara y Juan Castillo). En 1999 publica su primer libro "Humor de Perros". En 1995 obtuvo tercera mención honrosa del Concurso Nacional Eusebio Lillo. En el 2001 logró ser incluido en el libro del concurso de cuentos de la Universidad Católica del Norte. En 2002 ganó la beca de Creación Literaria del Ministerio de Cultura. En el 2010 gana el primer lugar de este concurso de Cuentos de la Pampa.*



-Cuando joven tuve mucha plata, pero ahora con cueva me doy vuelta con mi pensión de jubilado de ferrocarriles –me empezó a contar Aniceto en medio de humo de tabaco y de algunos mosquitos.

Vieran cómo planeaban esos pequeños demonios en la taberna; esos insectos que son patrimonio exclusivo de ese puerto de mierda. Pero no estoy aquí para contarles de los mosquitos de Valparaíso sino de la historia que me contó primero el viejo Aniceto y después Angelino Garzón.

-¿Ha oído hablar alguna vez del Ajicito, gancho?

-La verdad que nunca, don Aniceto, le dije al pobre viejo que recuerdo que tenía un enorme lunar balanceándose del párpado de su ojo... Aquello le daba un aire de brujo. De un brujo retamboreado, como decía mi bisabuela cada vez que oía que el tue-tue se posaba en el tejado de mi casa y la vieja se ponía toda

pavorosa y le temblaban las cañuelas mientras aseguraba que las ventanas de la pieza estuvieran bien cerradas, pero esa es otra historia.

-¿El Ajcico?

-Sí, el Ajcico.

En esta parte de la historia señoras, señores, Aniceto prefirió dejarme el rostro baleado de puntos suspensivos, porque se levantó de su silla como si estuviera meado, cagado no sé muy bien, y se fue al baño. Voy al baño, peladito, tengo que desocupar las cubetas. Vaya no más, amigazo, yo le cuido sus pertenencias, Qué pertenencias, peladito, si con cueva me queda algo de culo. Ya vaya no más, amigazo, yo le pido otra jarrita de navegado, ¡Eso mierda!, pucha que eres encachado, peladito. Apúrese no más, don Aniceto. No te preocupes, peladito, que la historia te la voy a contar con lujos y detalles, me gritó.

Y allí me dejó el viejo, esperando por quince minutos con la jarra de navegado servida.

Bueno, prefiero avanzar en la historia por mi cuenta porque no siempre estará disponible el viejo meón de Aniceto Gutiérrez. La cosa es que me contó que el Ajcico era un policía, un HOMBRE DE LEY. “Una especie de sheriff, peladito”, me dijo entonces pidiendo que le llenara la jarra con más vino navegado.

-¿Hombre de ley, eh?

Claro, me decía Aniceto, *un hombre de ley*. Un hombre al que no le venían con *custiones*.

El viejo me contó que el Ajcico era amigo de su papá, Emérito Gutiérrez Segovia, esposo de Ana María Cabral Errázuriz. “Mi patrona tenía una casona en pleno centro de Antofagasta, cuando recién la ciudad estaba tomando forma, porque antes era un peladero, con suerte un par de carretas dando vueltas y unos jotes zampándose unos quiltros flacos... Porque de lo que puede estar seguro usted, peladito, es que antes que llegara la gente a Antofagasta ya habían perros. Esas mierdas que te muerden las canillas si no andas con las pepas bien abiertas, peladito”.

Hasta aquí la historia no tiene más novedad que la impresionante lucidez de este viejo. A pesar de su borrachera, Aniceto era capaz de seguir con su narración sin hipos. "El Ajicito era un maldito. Dicen que era el demonio en persona. Pero la gente le tenía buena. Admiraban su valentía. No por nada apresó a los delinquentes más temibles que pisaron el norte. Incluso dicen que le puso una bala en el trasero a Butch Cassidy. No mires raro, peladito, hasta el huevón más iletrado sabe que Cassidy pasó por Antofagasta y que incluso algunas prostitutas celebran haber tenido vástagos de ese delincuente rucio. Mi mamá dice que conoció a un muchacho rubio, de ojos azules, que aseguraba llamarse Butch Pérez Canales y que su papá era un gringo más malo que el natre, pero más famoso que el mismísimo Abraham Lincoln. En serio, peladito".

Aquí el viejo se me puso huevón. Cuando ya agarraba vuelo se le removió la placa y dando chasquidos con la lengua intentaba regresar la tira de dientes a la encía. Disculpa, peladito, pero ese pegamento que compré es una verdadera mierda. La placa se me suelta igual y no estoy dispuesto a gastar un montón de dinero por poblar de nuevo mis encías con dientes de titanio o de hueso de mono, no sé de qué mierda fabrican ahora los comechoclos. Ah, usted se refiera a los implantes, le dije al viejo, ¡Eso!, me respondió acomodándose la placa y echándose un trago de vino navegado después.

Continuó:

-Son huevadas que se le ocurren a mi nieta que es una verdadera ramera.

-Por qué lo dice, don Aniceto. Acaso su nieta es de ésas que se pasean con cartera y tacones altos en el Mercado Puerto. ¿Qué hacen ruido cuando mastican chicle?

-No peladito. Ella está casada con un dentista y tiene tres hermosos hijos, pero le pega en la nuca al pobre doctorcito con un diputado que hace un rato andaba por acá y que me vio y se hizo el soberano huevón.

Allí nuevamente el viejo se quedó callado, con sus enormes ojos verdes perdidos en alguna parte del bar.

-En qué estábamos, peladito.

-En que Antofagasta era una ciudad llena de perros come canillas.

-Ah, claro. ¡Perros de mierda!

-En Valparaíso también estamos hartos de los perros vagos.

-Claro, claro... Pero ése no es el punto. El punto es que en Valparaíso nunca se conoció de un huevón tan perverso como el Ajicillo. Era bruto, bruto ese gallo. ¿Adivinen? Aniceto nuevamente levantó su culo flaco, pero esta vez para lanzar un largo y sonoro peo. "Jajajajaja, cabro huevón" celebró el anciano mientras abría y cerraba los ojos como un semáforo descompuesto.

Dijo:

-Ya, cabro de mierda. Te voy a contar qué le pasó al Ajicito. Cómo un día de cacería terminó en uno de los misterios más contados a inicios del siglo pasado.

Dije:

-¡Eso! Le viene mal el vino navegado, abuelo, porque dejó el ambiente pasado a mierda.

-Jajajaja, ya te quiero ver a mi edad, huevón. Con este estómago de fierro. Oíste hablar alguna vez Bajito Fortuno?

-¿Bajito Fortuno?

-Claro.

-La verdad... no.

Entonces el viejo se puso bizco, se pasó la lengua por el labio superior y dijo con cierto tono ceremonioso: "El gran Bajito Fortuno fue un famoso sastrero que llegó a Antofagasta en 1900. Medía un metro 90 por lo que puedes deducir, muchachito, que Bajito era su nombre y no un apodo. Bajito Fortuno puso su sastrería donde hoy creo que funciona la Intendencia, frente a la plaza. El Ajicito se vestía gracias a Bajito Fortuno. Su elegancia se la debía a Bajito".

Acá el viejo nuevamente se me puso huevón, porque de los enormes y vetustos parlantes del bar sonó una tonada que a mí me pareció antigua, aunque no conocida,



pero que al anciano le chicoteó las piernas, le removió el alma añosa. “¡Vamos, pendejo! ¡A bailar!”, gritó, y el viejo que se movía para acá y que se movía para allá. ¡Vamos, cabro de mierda!, seguía, lanzando patadas al aire y cabeceando como un caballo loco. La palmas no tardaron en llegar y las viejas que atendían en el bar gritaban ¡Vamos, don Aniceto! ¡Con el alma, con el alma!, gritaban las fulanas desde la barra y el viejo que sonreía y lanzaba besos al aire mientras sus pies se arrastraban en círculo por el suelo como una culebra loca.

De repente volvió el silencio y con él, el fin de su endemoniado baile.

-Así se baila pos cabro huevón.

-Yo encuentro que bailó bien... Y las señoras de allá –le dije indicando a las fulanas de la barra- creo que piensan lo mismo.

-Creo que bailo bien pos cabro gil. ¡Ya! Y déjame contarte la historia del Ajicito.

-Qué va. Creo que el relato no es su fuerte.

-Qué dices, pendejo. ¡Ya!, siéntate.

-Estoy sentado.

-Ah, claro.

-Claro que estoy sentado.

-En efecto. ¿Conoces tú a Angelino Garzón?

-No.

-Espera. ¡Beatriz! ¡Mona!

Entonces aparece desde la cocina una mujer muy gorda, con unas tetas y un culo enorme.

-Diga, don Aniceto.

-Está el huevón de tu marido.

-¿Angelino?

-¿Tienes otro?

-No.

-¿Está o no está?

-Sí está.

-¿Qué esperas para llamarlo?

- Lo tengo pelando papas.
- Que me pelen los testículos. Llama a ese viejo cagón.
- Estás borracho, Aniceto. No me obligues a echarte del bar.
- No me huevees, mona.
- No me digas mona
- Las únicas personas que tienen pelos en la cara son los monos. Y como eres mujer... ¿entonces eres una...?
- Viejo de mierda.

Entonces la mujer gorda da la vuelta y se va a la cocina moviendo el culo como si así se le fuera la vida.

-A las mujeres hay que tratarlas mal –dijo haciendo fuerzas para desprenderse de un nuevo y rebelde peo.

-Como decía mi santa madre: tener ganas y no tirárselos es como fornicar y no chillar.

-Sabias palabras.

Terminaba de lanzarse su sonoro y largo peo cuando apareció un viejo flaco, alto y pelado.

-Niño, te presento a Angelino Garzón.

-Mucho gusto, don Angelino –dije.

El viejo Angelino tenía un angioma que le cubría la mitad de la cara y su cuello me recordaba al de las tortugas.

Dijo Angelino:

-La Beatriz llegó llorando a la cocina.

Dijo Aniceto:

-Debieras tratarla mejor, entonces.

Dije yo:

-Sí, don Aniceto. Usted le dijo cosas hirientes.

Dijo Angelino:

-¿Es cierto eso, anciano?

-Ancianas tendrás tus menudencias, viejo cafichón. ¡Ya! No perdamos tiempo en huevadas. El muchacho quiere que le cuentes la historia de Ajicito y de tu bisabuelo.

-¿De Bajito?

-Y de quién otro.

Entonces a Angelino le cambió el semblante.

-Bajito Fortunato fue un reconocido sastre. También fue el padre de mi abuelo. Yo no lo alcancé a conocer, pero existen opiniones divididas respecto de si era un buen viejo o un buen viejo de mierda. Mi papá decía que era un viejo de mierda, pero mi mamá dice que era un buen viejo de mierda.

Angelino chasqueó la lengua y luego se frotó el lóbulo de su oreja como esperando que de allí saliera un genio y le concediera tres deseos, y uno de ellos fuera hacer desaparecer de la faz de la tierra a Aniceto Gutiérrez: "Tú sabes, Aniceto, que pocazo me gusta hablar de Bajito. ¿Tú sabes por qué?", le dice Angelino frunciendo los labios como si fuera a escupirlo.

-No te pongas huevón, Angelino. Cuéntale al cabro lo que tu bisabuelo relató sobre el desaparecimiento del Ajicito –dijo Aniceto mientras su dedo índice desaparecía dentro de uno de los orificios de su nariz ganchuda.

-Pero tú sabes la historia. Cuéntala tú. A ti te la he contado millones de veces. Cuéntale cómo la banda de Hilda Tejerina y Teófilo Pari sembraron el terror en las oficinas salitreras de Atacama en la década del 10 del siglo pasado. Cómo fue que cientos de pasajeros del tren, del Longino, terminaron abandonados en el desierto con sus cuerpos desnudos y llenos de balas.

-Prefiero que la historia la cuentes tú, gancho –dijo Aniceto con los ojos entornados y un hilo de baba color morado (restos de vino tinto) desprendiéndose de

su labio inferior, de su labio marchito.

Entonces intervino sorpresivamente la mujer de Angelino Garzón y conminó al viejo Aniceto a irse porque ya era hora de cerrar. “¡Ah!, mona. ¡Vete de aquí, mujer! Déjanos en paz. Esta historia es para machos y no para mujeres lanzadas a monjas. ¡Ya! Angélico, dile a esta mona que se vaya a su jaula”, dijo Aniceto empuñando su mano y cabeceando fuertemente como si alguien intentara colgarle la cara.

-¡Aniceto! Sabes que me carga que me digas Angélico. ¡Y no trates mal a mi mujer, viejo decrépito! –gritó Angelino Garzón.

-¡¡No aguanto a este viejo de mierda, Angelino!! ¡¡Dile que se vaya!! –gritó también Beatriz con el brazo en alto, asiendo un uslero.

Tuvimos que intervenir Angelino y yo, pero la mujer era más fuerte que ambos así que tuvieron que interceder la lavaplatos, la cocinera y el barman, que gritaban “¡Señora, Beatriz!, ¡señora Beatriz!, ¡cálmense!, que por este escándalo van a llegar los pacos y nos van a cerrar de nuevo el bar”.

-¿El bar? Jajaja. No me hagan reír –ironizaba Aniceto en medio del barullo. En medio del esfuerzo por tranquilizar a esa mujer que quería romperle la crisma al viejo de un solo golpe de uslero.

De tanto tirar y aflojar Beatriz terminó en el suelo despidiendo espuma de la boca. “¡El ataque!, ¡el ataque!”, gritaba la cocinera, una mujer gorda y fea que obedecía al hombre de Alberta. Entonces el barman tomó a Beatriz de un brazo y Angelino del otro y la levantaron. “No es el ataque. Es solo histeria”, masculló Aniceto con la vista pegada en una mosca que planeaba cerca de un cuesco de aceituna que estaba sobre nuestra mesa.

-¡Cállate, Aniceto! –dijo Angelino Garzón.

-Okey, viejo –dijo Aniceto.

Alberta logró que Beatriz se repusiera con un par de cachetadas y con un poco de agua ardiente, “Vamos, señora Beatriz. Es mejor dejar a los hombres en sus

cosas”, dijo Alberta. “Que pasó. No recuerdo nada”, preguntó Beatriz apretando los ojos. “Nada, señora. Nada. Terminemos luego de lavar las ollas y la vajilla para irnos pronto a casa”.

Finalmente nos quedamos los tres solos: Aniceto, Angelino y yo. “Vamos, vamos, Angélico. Ve al sótano y tráele al muchacho un vino de guarda y aprovechas a traer ese montón de papeles donde Bajito Fortunó dejó escrito qué le pasó al Ajicito del demonio. O lo que se dice que le pasó al Ajicito”, dijo el viejo.

-Tienes que ser tan hocicón, viejo de mierda.

-Deja que el muchacho lea esa huevada. O léeselo.

-Vamos. No es necesario que me cuenten nada. Mejor me voy. Ya es tarde –intervine.

-¡No, carajo! No te irás de acá sin que este viejo huevón no te cuente la historia del Ajicito y Bajito Fortunó.

-¿Si cuento la historia me dejarás cerrar luego? –preguntó Angelino Garzón.

-Está bien, huevón.

-Espérame acá. Ya vengo.

-Si vas al sótano no te olvides de ese vinito de guarda.

Entonces Angelino avanzó hasta una escalera de caracol que daba a la parte baja del bar. Antes le lanzó una mirada de odio a Aniceto: “Debiera traerte veneno, anciano”, dijo. “Ah, bueno, pero me lo mezclas con vino. ¡Bah!”, devolvió Aniceto.

Mientras Angelino se encontraba en el sótano me dediqué a auscultar al anciano. Tenía la mirada perdida. Más que un viejo ebrio parecía un pobre viejo decadente. Solitario. Abandonado. Una chatarra vieja dejada a merced del sol, de la humedad. “Que miras, cabro huevón”, me dijo intentando levantar los párpados. “Nada, don Aniceto. Solo lo miraba”, le dije. “¿Acaso piensas que vengo de otro mundo? ¿De otro planeta? ¿Que soy un maldito anciano?”. Preguntó achicando los ojos. “¿Crees en los etés?”. “¡Etés!”, contesté. “Sí. Etés”.

-La verdad, don Aniceto, es que no. No sé. Quizás. ¿No me diga que el Ajicito era pariente de Chewbacca?

-¿Y eso qué es? –preguntó el viejo frunciendo la boca.

-Nada, don Aniceto.

-Mira, cabro huevón. Lo que te va a leer Angelino es una historia que sólo algunas personas la conocen. En Antofagasta algunos viejos curados como yo la cuentan, en los bares, en los boliches. Generalmente nadie la cree. Allá ellos. Tú debes saber que en Atacama existieron muchas oficinas salitreras. Cómo se pasaba en esos tiempos. Mujeres muy guapas... mucho trabajo también. Mucha tierra. Mucha presión de los patrones... mucho dinero circulaba. Y como circulaba tanto dinero imaginarás que también circulaban muchos delincuentes.

A dónde me quería llevar este viejo.

Qué quería que yo supiera.

“Es solo una historia, cabro huevón. Pero de verdad es muy buena. Muy buena... yo no creía en esas fronteras pero cuando me la contaron en Antofagasta de verdad me sentí peludo. Que los bellos de mi espalda se erizaban como un gato a punto de caer sobre una jauría de perros”, recordaba el viejo en tanto se terminaba el último concho del vino navegado. “¡Angélico!, trae luego ese vino de guarda, mira que con el muchacho tenemos sed” gritó alargando el cuello como una jirafa vieja.

-Ya viejo huevón. Acá estoy –interrumpió Angelino Garzón con una botella de vino en un brazo, como si ayudara a un ciego a cruzar la calle, y un montón de papeles viejo debajo axila.

Angelino soltó el montón de papeles a la mesa y un cúmulo de polvo subió por los aires. “Que bien, ahora quieres que me dé el asma”, exclamó el viejo mientras se apretaba la nariz y movía las manos como si estuviera espantando moscas.

-¿Quieres que cuente o no?

-Mejor. Espera que el polvo baje. ¡Tú sabes, Angélico, lo mal que me hace el polvo!

-Claro que lo sé, viejo huevón. Jajajajaja.

Entonces Angelino tomó una de las hojas (amarillentas y secas como restos de un cadáver momificado), la puso en la mesa y la alisó. Se puso sus anteojos y se dispuso a leer. “Pero así paradote te cansarás pues Angelino. Cabro huevón acércale

una silla a este viejo enclenque para que lea sentadito, sentadito”, dijo Aniceto.

Le acerqué la destartalada silla a Angelino, me lo agradeció con un pequeño movimiento de cabeza, como cabecean los caballos, como una reverencia equina. La verdad es que a esa altura de la noche, acercándose a la una de la madrugada, la historia que querían contar iba perdiendo interés para mí, no así para el viejo Aniceto que empujaba a Angelino a que contara qué pasó con Ajicito, la mano de la justicia, una especie de “sheriff” pampino, y con Bajito Fortunato, el bisabuelo de Angelino.

Después de acomodarse un par de veces los anteojos, Angelino se lanzó a contar la historia.

-Voy a leer lo que escribió Bajito tal como está. A momentos no entiendo bien lo que dice, pero he leído tantas veces este documento que les puedo asegurar que la historia que les contaré, forma parte de mi vida. Como si la hubiera, de alguna forma, vivido.

Aniceto Gutiérrez:

-Es verdad eso, cabro huevón. Este viejo cuenta la historia tan bien que a ratos da la sensación que fuera Bajito Fortunato.

Yo:

-Bueno, sería prudente entonces dejar que don Angelino cuente lo que le pasó a Ajicito.

Angelino Garzón:

-Claro, porque si siguen interrumpiéndome mejor me voy a ayudar a mi mujer a secar la vajilla.

Aniceto:

-Viejo mamón.

Angelino volvió a alisar el papel y se lanzó a narrar la historia. En los próximos minutos la única voz que escucharán (como si la voz viniera de muy lejos, de una radio vieja, de esas de madera) será la de Garzón.

“Bien. De acuerdo a lo que hay aquí, en estos papeles, el Ajcico no era de Antofagasta sino de La Calera. Llegó a Antofagasta en 1911 (no recuerdo la fecha exacta) con la orden de ajusticiar. Era policía pero también médico. Un hombre culto. De gustos refinados. A veces serio, a veces alegre. Mujeriego. No pasaba del metro 60 de altura. Las mujeres lo elogiaban y los hombres le temían. Dicen que el Ajcico, que en realidad se llamaba Líbano Barroso, odiaba a los delincuentes porque su madre murió en La Calera en manos de diez malditos que después de violarla (todos) la degollaron. Su cuerpo fue dejado en medio de la plaza del pueblo, mosqueándose por el calor. Fue precisamente ese odio el que, dicen, convirtió a Ajcico en una bestia. No le temblaba la mano cuando tenía que llenar de pólvora a un delincuente, del tipo que sea, ladrón, asesino, estafador, violador... Por eso le decían el Ajcico, porque decían que a Líbano Barroso le metían un ají en el culo cuando se enteraba que en su Antofagasta andaba merodeando algún navajero, algún maleante. Y como era chiquito el apodo de Ajcico le quedó como anillo al dedo, como dicen.

Al Ajcico le gustaba vestir bien. Por eso se hizo tan amigo mío, el futre. Yo era sastre. Era porque ahora estoy en un asilo. Me dejaron acá porque creen que estoy loco. Pero allá ellos. Siempre me gustó escribir. Después de las agujas, el hilo y las telas, la lectura y escribir eran mis actividades preferidas. Creo que no tenía la musa inspiradora. Lo extraño es que finalmente mi musa inspiradora no fue el mar, el desierto, la pampa, las putas sino mi amigo Líbano Barroso. Lo que os contaré no es para que me crean. Lo que os contaré es un registro que quiero que conste pasó.

No todos recuerdan ya al Ajcico. Y los pocos celebran que se haya esfumado. Que haya vuelto, quizás, a la Calera. Pero yo sé que Barroso no volvió a su tierra porque su tierra era *Antofagasta y sus oficinas salitreras*. *Así muchas veces me lo dijo, el futre ese. Antofagasta es mi tierra querida. La Calera solo me trae recuerdos de sangre. El recuerdo de ver a mi madre en medio de la plaza con el cuello partido,*



*desnuda y su vagina reventada. Yo solo tenía catorce años. Mi padre se volvió loco. Tuvieron que internarlo en Santiago. Finalmente murió,* me solía contar el Ajicito mientras desocupaba unas botellas de whisky y se pasaba una esponja húmeda en su cabeza sin pelos.

El Ajicito no se casó, pero tenía muchas mujeres. Era un diablazo. Algunos en esos tiempos decían que el Ajicito era el demonio en persona. Yo lo conocí bien por lo que diría que Líbano Barroso más que un demonio, un diablo, era un vengador. El odio lo envenenó así como se envenenan las amantes por un amor no correspondido.

También diría que su sangre árabe traicionaba su genio. Sí, porque Líbano Barroso era nieto de libaneses. Por eso *mi madre, doña Dana Abo El Kher, era deseada y terminó en manos de malditos. Era la mujer más hermosa de La Calera,* me decía mi viejo amigo conteniendo las lágrimas mientras pedía en la cantina otra botella de licor.

Un día llegó muy temprano hasta la casa del Ajicito su subalterno Florindo Maulén (quien sería el que finalmente me contaría con Ajicito y sus hombres). Florindo venía agitado. Gotas de sudor perlaban su frente y sus ojos parecían estar a punto de reventar. Qué pasa, Florindo, le preguntó Ajicito mientras Florindo titubeaba y se pasaba la mano por el estómago como si una piedra pasara por su tubo digestivo. La banda de Hilda Tejerina y Teófilo Pari de nuevo el Longino. Hay por lo menos treinta muertos, dijo Florindo pasándose luego su lengua por los dientes amarillos por el tabaco.

¡Hijos de puta! Chilló Líbano Barroso con los ojos entornados y especuladores. Como si buscara en la oscuridad un poco de luz. Entonces el Ajicito corrió hasta su cuarto, se puso su uniforme y cargó su arma. Prepara los caballos que nos vamos de caza, le dijo a Maulén. Media hora después, cabalgaban hacia el desierto. De

acuerdo a la información que había llegado a Antofagasta, a oídos de Maulén, a unos dos kilómetros de la Estación Baquedano, Tejerina y Pari, los delincuentes más temidos de la comarca, hicieron parar el tren y, como era costumbre, exigieron la entrega de dinero y especies de valor y dispararon contra los pasajeros (niños, adultos y ancianos). Posteriormente los malditos desaparecieron como acto de magia. Nadie en ese tiempo sabía dónde se ocultaban estos malhechores.

Hilda Tejerina y Teófilo Pari eran los líderes de una banda compuesta por ocho hombres, dicen. Del nombre de los demás integrantes poco se sabe. A uno le decían el Chueco Miranda, a otro, El Cagón, a otro, El Gringo Viejo, a otro, El diablo Seco, y a otro, El Boliviano. A estos malditos los vamos a encontrar, dijo Ajicito mientras observaba algunos cadáveres ensangrentados desparramados dentro de los coches y otros tirados sobre la tierra gris. El contraste rojo y gris daba un escenario grotesco. Escenario que de algún modo evocaba a Ajicito el cuerpo de su madre aikido a golpes. Ese cúmulo de sangre, carne y músculos dejado en medio de una plaza a vista de los parroquianos.

Eso recordaba Ajicito.

Lo que habían dejado en la plaza de La Calera no era su madre; era un monstruo abandonado. No era la mujer que amasaba el pan, que apretaba apresuradamente las ubres de la vaca para que el pequeño Líbano tuviera leche fresca. "Fue la profanación de una Virgen", solía decir el Ajicito mientras se terminaba su segunda botella de bourbon.

El Ajicito se echó al hombro una mujer hermosa que tenía un enorme hoyo de bala en la mejilla. Bajó del coche y dejó el cuerpo en el suelo. Se sentó al lado del cadáver. Sacó un rosario heredado de su madre hecho con la madera obtenida de los árboles del Monte de los Olivos, en Jerusalén. Concentrado apretaba suavemente con sus dedos pulgar e índice cada bolita de ese collar que terminaba con

elegancia en un crucifijo de oro, y en voz alta recitaba: *El rosario es le escudo contra el infierno, destruye el vicio, libra de los pecados y abate las herejías; el rosario hace germinar las virtudes para que las almas consigan la misericordia divina. El que con devoción rece mi rosario, considerando sus sagrados misterios, no se verá oprimido por la desgracia, ni morirá de muerte desgraciada, se convertirá si es pecador, perseverará en gracia si es justo y, en todo caso será admitido a la vida eterna; todos los que rezan mi rosario tendrán en vida y en muerte la luz y la plenitud de la gracia y serán partícipes de los méritos bienaventurados; libraré bien pronto del Purgatorio a las almas devotas a mi rosario; la devoción al santo rosario es una señal manifiesta de predestinación de gloria.*

Luego se incorporó y ordenó trasladar los cuerpos a Antofagasta. A estos huevones los voy a encontrar. Lo juro, como que me llamo Líbano Barroso Abo El Kher. ¡Maulén! Ordena la llegada de por lo menos quince hombres, quince valientes policías. Yo me quedaré en la Estación esperándoles. Vengan fuertemente armados, que esta vez a estos demonios los enviaremos al averno. De-fi-ni-ti-va-men-te, arengó besando después su rosario y su pistola.

Tardaron un día en llegar. A ritmo de galope llegaron quince policías con sus caballos cargados de armas y morrales con alimentos. Encabezaba la tropa Florindo Maulén. El Ajicito los esperaba en la Estación Baquedano. Tomaba una infusión de té tendido en el suelo bajo el árbol. Al momento que los policías ataban a los caballos y llenaban unas cubetas viejas con agua para hidratar a los animales, el Ajicito preparó una pipa con tabaco fuerte. Tienen media hora para comer, soldados, gritó Líbano Barroso, como si fuera el mandamás de una hueste de militares inspirados por Jehová para aniquilar una legión de demonios. No vamos detrás de meros delincuentes, soldados. No, señor, estamos detrás de monstruos que escaparon del mismísimo infierno. Sí, señor, volvió a gritar. Mientras chupaba la boquilla y frotaba la cánula hecha de cacho de animal, Ajicito observaba el mal estado en que habían llegado los caballos. ¡Alimenten bien a esas bestias! Esos

caballos más que guerreros parecen perros flacos, vociferó. Ajcито decidió darles más tiempo a los policías y caballos.

Aprovechó esas dos horas para revisar un improvisado mapa que había antes que llegara la tropa. Al menos unas cinco oficinas salitreras estaban cerca de la Estación Baquedano. A una le puso Oficina A, a la otra Oficina B, y otra la Oficina C. Al Ajcито se le puso en la mente de que los “demonios” habían cabalgado hacia la Oficina B, pues él tenía información de que ese lugar era el preferido para los malhechores. Sobre la palabra Oficina B del mapa Ajcито marcó una cruz con su propia sangre, rito que acostumbraba hacer antes de atacar al mal. Se pasaba la hoja siempre bien afilada de su navaja por la palma de la mano y con la sangre que brotaba, marcaba un mapa, la cache de su pistola, la punta de su bota, el pañuelo de su pañuelo, objeto que sea, pero siempre EN EL NOMBRE DE TI, MADRE MÍA.

Ensilaron los caballos y se dirigieron hacia la Oficina B. El sol calentaba implacable sobre la tropa y el viento agitaba los flequillos de la crin de los animales, que a ratos coceaban por el sobreesfuerzo exigido por esos jinetes que avanzaban liderados por Ajcито, por el Vengador de Atacama. Cuando la noche caía, Líbano Barroso reparó en que a lo lejos se divisaba un pueblo. Imposible que sea la Oficina B, ni tampoco la A ni la C, se dijo Ajcито al tiempo que detenía a su pequeño ejército. ¡Ves lo que yo veo, Florindo!, gritó Ajcито. Sí, respondió Maulén. Entiendo que en este sector no existe oficina salitrera alguna, ¿o me equivoco, Maulén? No, oficial, acá con suerte revolotean los jotes, dijo Florindo. Entonces me puedes decir qué mierda hace un pueblo aquí, preguntó Ajcито. Le sugiero, oficial, que... ¿Entremos y averigüemos?, dijo Barroso. No quise decir eso precisamente, don Líbano, pero... ¡Buena idea, Maulén! ¡Vamos!, apuren a los caballos, ordenó Ajcито.

Ingresaron al pueblo armas en mano. Desierto parecía si no fuera por la algarabía que desde una casa tronaba como si el mismísimo dios Baco animara una fiesta. Ese ruido viene de esa casa, don Líbano, sugirió uno de los policías. Eso parece, dijo Ajcито en tono especulador.

Cruzaron el pueblo a caballo. Desmontaron y dejaron a las bestias en un largo abrevadero, cerca de una plaza. El resto del recorrido lo hicieron a pie. Ajicito abrió la puerta con el cañón de su rifle. Atrás lo seguían los demás policías. La tropa se encontró con un montón de parroquianos bebiendo, cantando, bailando. Había mujeres, hombres y ancianos que no se percataron de los forasteros. Pero después que Ajicito disparara al aire de los enfiestados, terminaron con el barullo y el hombre del piano dejó de pasar sus dedos por las teclas. El silencio imperó como el sol lo hace en el desierto de Atacama. ¿Alguien me puede decir quién trajo este pueblo para acá?, preguntó Ajicito al tiempo que le miraba las piernas a una bella mujer que tenía su pollera recogida a la cintura. Nadie contestó. Ajicito caminó hasta un largo mesón y ordenó al botillero que le llenara un vaso con bourbon. ¡Tú, negro! Sigue con ese piano, le gritó Ajicito a un hombre de tez oscura sentado en un viejo clavicordio.

El músico obedeció e inició una endemoniada tonada. Como si un cañón alojado en su sien amenazara con volarle los sesos si no lograba el agrado de Ajicito y de cinco bellas mujeres que con sus polleras recogidas bailaban y reían mientras Líbano Barroso comenzaba a disfrutar de los pecados que ofrecía el pueblo. Una de las chicas se acercó a Ajicito ofreciéndole sus muslos y otra se subió la pollera más de lo prudente y mostró su generoso culo. El Ajicito se inclinó y escupió. Los demás policías comenzaron a aplaudir mientras el botillero llenaba sus vasos con agua ardiente. El pianista, como poseído, golpeaba las teclas arrodillado en el taburete, y tres sujetos golpeaban las mesas con las palmas y dos ancianos chillaban como guaguas y tres ancianas orinaron en una esquina, porque ya no podían más de la risa. Entonces entraron en el boliche diez mujeres más, hermosas todas ellas, junto a caballeros bien vestidos, atraídos por la algazara.

Visiblemente borracho Ajicito ordenó que todas las mujeres se sacaran la ropa y que los hombres se dejaran los pantalones.

El boliche ya no daba espacio para más fiesteros.

Avanzada la noche Ajcico pidió más licor, pero el botellero estaba tendido en el suelo con su cráneo reventado. Intentó aclarar su vista, pero el exceso de agua ardiente impedía que Barroso obtuviera imágenes nítidas más allá de un metro. Él se encontraba en el suelo. Había caído de la silla. A un brazo de distancia el botillero le observaba con los ojos muy abiertos, con su espalda apoyada al muro, sentado, con las piernas estiradas y los sesos pegoteados en su aleonado cabello oscuro. Miró hacia arriba y se encontró con una mujer de expresión dura. Apuntaba a Ajcico con un enorme rifle, como sacado de otra historia. Eres tú el madito oficial Barroso, le preguntó la mujer. Sí, el mismo diablo. ¿Sabes que morirás?, preguntó la mujer. Quizás, respondió Ajcico. Luego escupió. Bien, a tus amigos ya los matamos, advirtió la mujer ¿y quién mierda eres?, preguntó Ajcico. La mujer que buscas, pedazo de mierda. ¡Levántate, Barroso!

Horas después Ajcico despertó en una habitación en la penumbra. Dos mujeres armadas lo flanqueaban. ¿Eres tú el maldito Ajcico?, preguntaron al unísono. Claro, quieren que se los demuestre, dijo Barroso tratando de incorporarse. Quédate en el suelo, ordenó la mujer que ingresaba a la habitación llevando consigo la cabeza de uno de los policías. ¿Recuerdas a éste?, preguntó la mujer, la misma que unas horas antes lo apuntaba con un portentoso rifle. No, respondió Ajcico. Se inclinó y escupió. Yo a ti te conozco, dijo Ajcico. ¿Sí? ¿Lo sabes?, dijo la mujer. Eres la maldita Hilda Tejerina, sentenció Líbano Barroso. Entonces la mujer lanzó una sonora carcajada. Después acercó a su boca la cabeza cercenada de uno de los policías de Ajcico. Como si estuviera a punto de tragarse una enorme y peluda cabeza de hombre. Y así no más fue, porque Hilda Tejerina abrió la boca tan grande que la cabeza del policía quedó transformada en un huevo de gallina. En un santiamén la testa del hombre decapitado fue devorada por la mujer tras el bocado, también en un santiamén, dejó de ser una muchacha para transformarse en una horrible iguana. Un reptiloide.

Ajcico se volvió a inclinar y escupió. Volvió a mirar a la mujer y le lanzó un beso. Eres un maldito renacuajo, masculló Barroso mientras observaba como

las otras dos mujeres celebraban el acto de canibalismo de su líder contorneando sus escamosas caderas. Ahora vas a morir, pedazo de mierda, sentenció Tejerina terminando con un fuerte siseo.

Entonces Ajicito sacó de su bolsillo su rosario y comenzó a rezar el padrenuestro.

En la habitación contigua estaba Florindo Maulén. Aparentemente había sobrevivido a la matanza de los policías. Tenía manos y pies atados. Lo acompañaba un parroquiano. Medía al menos dos metros y la enorme ala de su sombrero de cuero ocultaba parte de su rostro sombrío. ¿Sabes quién soy?, preguntó el hombre apoyado al muro. No, no sé quién eres, respondió Mulén aún aturdido por el exceso de agua ardiente. Soy el maldito huevón que te matará. ¿Dónde están los demás? Muertos, imbécil, muertos. Entonces Florindo intentó zafarse de las amarras y el hombre no tardó en golpearle la cabeza con la culata del arma. En esos instantes interrumpió, providencialmente para Florindo Maulén, Hilda Tejerina. Déjalo, Teófilo. Debemos irnos ya, dijo. Después siseó. Antes de salir de la habitación Teófilo Pari estiró su larga lengua bífida. Luego volvió a golpear a Maulén pero esta vez en su oreja derecha.

Maulén despertó con el sol muy arriba, calentando como un demonio. El dolor de cabeza era tremendo, como si una manada de caballos hubiera pasado encima de él. Se tocó la frente y la tenía perlada de sudor. Tenía sangre seca en la mejilla. Intentó incorporarse pero el golpe dado por Pari había sido certero, y efectivo. Poco a poco comenzó a ver mejor. Le llamó la atención que ya no estuviera dentro de la habitación sino en pleno desierto. Logró reponerse. Se sentó. Cinco jotes planeaban en círculo en lo alto. Más allá, catorce cuerpos decapitados y empalados sufrían de los picotazos de las aves carroñeras. A duras penas se alejó del lugar. Caminó horas y horas. Mientras avanzaba por el desierto, sin rumbo, se preguntó por qué entre los cuerpos empalados no se encontraba el de Ajicito.

Entrada la noche Florindo Maulén se debatía entre la vida y la muerte. Sediento y con el frío congelándole los huesos, el policía deliró. Imaginó que los caballos coceaban en medio de una jauría de perros. De pronto recuperó la lucidez. El desierto seguía allí incólume. Entonces se preguntó dónde mierda se había metido el pueblo. Se esfumó. ¿Y Ajicito? ¿Por qué no me mataron? ¿ Querían que alguien contara esta historia? ¿Y quien me va a creer?, se preguntaba Maulén. Entonces el cielo estrellado se pintó de cientos de luces amarillas. Como si enormes ojos de búho invadieran el espacio para ser testigos de una muerte empapada o, si finalmente alguien lee esto, de un fortuito hallazgo”.







SEGUNDO LUGAR  
**CHACABUCO: CONTRAPUNTO DE LA MEMORIA**

*Javier Díaz Sánchez*

*Javier Díaz Sánchez, nació en Valparaíso el 12 de mayo de 1975. Su niñez y adolescencia la vivió mayoritariamente en Villa Alemana y Quilpué, lugar donde radica actualmente. Es profesor de Castellano, Pedagogo Teatral y Diplomado en Gestión Cultural, siendo coordinador del Festival de Todas las Artes Víctor Jara en Quilpué y Villa Alemana. Como escritor ha preferido el trabajo directo mediante la lectura en actos públicos y el texto objeto, formando parte junto al pintor Pablo Grendi y el audiovisual Christopher Salazar de "Aperrados: Sólo para Animales", exposición que incluía poesía visual, instalación, pintura y vídeo, recorriendo La Calera, Quillota, Casablanca, Villa Alemana, Quilpué y Colombia. Últimamente se ha dedicado al poema-volante y a los posa-versos (texto-objeto), además de tener una publicación pendiente de cuentos con portada de la pintora villalemanina Esther Valencia y prólogo de Patricio Manns.*



### *Purgatorio*

¡Tronadura!- gritó el cacharrero y todos corrimos a escondernos como culebras, arrastrándolos, siempre arrastrándolos. Tooos de blanco como espíritus cubiertos de caliche y cansancio. A veces mirábamos de reojo y era puro dormido, tronadura falsa. Se chingaa el tiro y losotros nos reíamos pa callao, como pa entro. Como vivos sin habla.

A Chacabuco llegué de chiporro por el año veinticuatro. Dicen las voces que esto ya estaba desde el veintidós, pero eso lo cuentan los calicheros viejos. Dicen que era la más grande de esos tiempos, con unos dos mil obreros y que llegarían a cinco mil pericos. ¡Cinco mil esclavos de las fichas y del yugo inglés! Por ahí se escuchaba que era de los futres de la Anglo Nitrate. Eso decían. Y que antes eran terrenos de otra salitrera, la Lastenia o algo así...qué me voy a acordar ya, acá en este cementerio de arena.

Aquí aparecí con mi taita de la rastra cuando todavía jugaba huachita y cuarta, medios empampaos, ciegos de sed, sedientos de esperanza. Antes de viajar de Antofagasta mi viejo me dijo: vó tení que hacerte hombre, mijo. Y me llevó a una casa de niñas. ¡Casa de putas!, dijo mi tío Fortunato mientras se limpiaba los bigotes carcajeando.

-¡Ya po Marlene, no se haga la arisca mire que no la veo hace re tanto tiempo!  
Era día de pago. Yo veía en un rincón como mi tío le agarraba el traste y ella le ponía unas tetas grandes en la cara, unas masas gigantescas que apenas se afirmaban en ese corsé descolorido de tanto manoseo y fregao a pulso.

Me imaginaa cuantos cauros podrían amamantar cada una de esas moles, guachos por montones que andaban a la siga de su maire, con otro chiporro en brazos de mocos colgando en busca de algo pa echarle al buche. Bebitos que crecían al desamparo de un hombre porque lo había secao la mina, por la sífilis o porque sepa Dios dónde se habrían ido a tener más críos.

Vaya uno a saber. Tantas cosas se oyen acá. Lo que teníamos toos claro era que la Chacabuco era la más grande productora de Shanks, según los pitucos. Caliche no más, me decía pa mi dentror, mientras oía a los rucios hablar de fichas fumando habanos pasaos a whisky.

En la Sierra Gorda, las veces que uno podía capear un rato me acordaa de mi viejita. Recordaa su carita rechoncha y sus manos ásperas de tanta caracha. La veía pará por allí, corriendo de un lado a otro: lavando en batea, tirando agua al suelo, sacándole brillo a la tierra, acostando al viejo cuando llegaba de las trancas, sin ni una chaucha, con olor a chusca y aguardiente. Por allá la veía clarita, clarita, como el cielo en el desierto. Y por ahí a veces aparecían mis hermanitas jugando a la tota o mi hermanito con el pupo ajuera y la barriga hinchá de tanto cocho. Por ahí pasaba el recuerdo, la memoria que no se desgastó.

Pero lo que sí se hacía peazos, era el cuerpo y el alma. Lo que sí se nos caía poco a poco, era la esperanza.

Cuando uno llegaba a la pampa, venía con el paso a la espalda pero calato pa delante. El desierto paría hijos que no eran hermanos, gran vientre de razas y colores, útero sin origen.

Y aentro en la salitrera, la muerte andaa vestida de terno y corbata. De negro y reló de bolsillo. Aentro de la salitrera día a día perdíamos nuestra dignidá, hasta nuestros nombres. ¿Quién iba a pensar que toos los sueños de ser alguien, de poer volver a mi tierra sureña pa decirle a los míos ¡aquí estoy de vuelta con los bolsillos llenos de plata!, se iban a transformar en una espera de sal?

Así recuerdo too, como si fuera un sueño, algo perdió en el tiempo, un espacio intermedio entre la vida y la muerte.

El comienzo del fin fue un día viernes. Era de madrugá, mucho antes del laburo. Ya varias noches que habíamos estado en las reuniones de la calle Valparaíso, en la iglesia pasando por pechoños. Otras, en alguna barraca alrededor de un fogón, sabiendo noticias sabrosas que nos llegaban del "Palo Grueso". Pero lo que nos interesaba a los otros, era lo que pasaba con los petitorios en otros laos, pa moverlos también.

Me levanté tempranito, mucho antes de que saliera el astro rey. Despacito me fui poniendo las pilchas tratando de no mover tanto la cama patas de oso: el calamono, la cotona, los pantalones blancos, el callapo, el culero... Too como si estaba pa trabajar, por si nos pillaban los celadores y nos dieran la bota. Me encomendé a la Chinita y salí por la calle Atacama entumío, con las canillas temblando de mio y de frío. Pasé la lavandería, los baños y llegando a Serrano me tiré pa calle Antofagasta. Había que andar con cuidao. En una calle antes, en

Aldea, vivían los empleados. Y aunque algunos estaan con los otros, eran pocos y no se podía arriesgar naíta. Cuando me gané en un rincón del buque, en una de las piezas de solteros, estaa casi toa mi cuadrilla más otros calicheros viejos y cauros. Toos callaos esperando que apareciera el camarada que los iba a indicar como era el cuento de la huelga, como están en otros laos. Esperamos así, como momias. Unos tomando mate, algunos liando uno que otro pucho, los menos coqueando, los má cuchareando una chanfaina que un choleta trajo de regalo.

Cuando entró el cumpa Teobaldo, los paramos. Venía con pocho nortino y traía una de papeles con cuanta cosa nos sirviera pa informarnos aunque casi nadie le pegaa al letrao. Nos habló de Don Reca, de su grupo de teatro Arte y Revolución, de los inicios de la lucha obrera, de la importancia de estar uníos, de ponerle el hombro pa defender nuestros derechos y parar con los abusos: el pago en fichas, las horas de laburo, las condiciones inhumanas de los obreros, las pulperías y su círculo mugriento, los castigos al sol y al frío, los trabajos forzaos, la humillación, el trabajo de niños matasapos... Nos contó lo que pasó en la Escuela Santa María de Iquique en diciembre del siete, con chiporros y mujeres tirados tal cual si fueran animalitos, florecitas cortás de raí en donde no crecen flores. Nos dijo que el camarada Lafferte lo había relegao un tiempo pa Calbuco, en el sur y que hace unos años se produjo otra masacre en la salitrera La Coruña, con el general Ibañez a la cabeza -que de "paleta" no tenía na- acusando de revolución soviética a las revueltas obreras... ¡Y los otros estábamos ahí, en el ojo del huracán, entre remolinos de diablo, camanchaca y sol! ...

-Putas compare Anastacio, ¿por qué no se deja e transmitir y los deja pegar la pestaña? Parece que le hace falta una chey pa pasar las penas o un compositor pa que duerma tranquilo iñor.

-Cierto Macario, tení razón, sobre too vó, sordo como una tapia. Aquí nadie escucha, nadie ve, nadie habla. Están toos entre las nubes y la pampa...



### *El infierno*

¡Presenten, apunten...fuego! –decían los milicos afuera y nosotros nos tirá-bamos al suelo callados, silenciosos como el desierto mismo. Después, el eco de las risas escatológicas que salían persiguiendo estelas de falso fusilamiento. Después, los espectros de hombres tirados en el suelo, en su muerte mental, en su orina y su excremento.

-¡Hijos de puta!

-¡Cállese compañero, por la chucha!

Y allí seguíamos, amontonados en las piezas, silenciosos.

Al campo Chacabuco llegué a mediodía desde Antofagasta en un vagón. Nos trasladaron luego amarrados en un camión militar. Amaratado y flaco, con la barba de varias semanas, apenas sabía donde estaba: si vivo o muerto, si en el cielo o en el infierno. El compañero Gutiérrez –que llegó conmigo transportado en el buque Anadalién –me dijo que estábamos en la salitrera Chacabuco a unos cien kilómetros de la capital. Y así era.

Cuando nos enfrentamos al doble cerco de púas de la vieja calichera nos entregaron como si fuéramos cabeza de ganado. De a uno bajamos cual sombras espectrales y el capitán Minoletti hizo formar a todos en grupos de a doce. Compañero a compañero, nos iba llamando con gesto omnipotente creyéndose un dios, reventando los rostros a cachetadas, apuntando el trote con su bototo de furia. ¡Presente señor!, ¡presente señor!, gritábamos al pasar tartamudeando, frenéticos o desolados. Pero en nuestras cabezas habían otros gritos, otras respuestas; epítetos mentales que nos nublaban de la fila, de la pampa, del rostro del torturador. Uno a uno poetas, historiadores, cantantes, médicos, ingenieros,

artesanos, profesores, estudiantes y obreros transformados en muertos-vivos. ¡Dios mío, Dios mío, por qué la bota de sangre! Nos hizo tirar desnudos en el suelo ardiente, bajo el inmisericorde sol de la pampa, mientras repasaba con insulto y culata su soliloquio del asesino. Cuerpos sin nombre, sin alma, sin vidas, tirados en la cancha como alimento para rapiñas vestidas de uniforme.

-¡Nos vamos a requisar las hojas de afeitar por si quieren suicidarse!- tronó la voz de Minoletti, activando las risotadas babosas en las fauces de los militares.

Ahí, sólo ahí pudimos ver nuestro aislamiento: los cuerpos estaban, pero solo los cuerpos. Habíamos dejado de existir: seis de la mañana, diana para levantarse; duchas en los baños colectivos junto al "río caca-caca"; desayuno en la barraca-comedor a las ocho; actividades anti "caldo de cabeza uno"; almuerzo a las doce (con jalea de ¡salgan al sol los huevones!); actividades anti "caldos de cabeza dos"; cena a las seis (más compota de interrogatorios); cierre de las casas a las ocho; toque de queda (más invitación al cine de encapuchados)... Libros, conversa y chistes anti "caldos de cabeza tres", cuatro, cinco... (Más agüita de perra de madrugada sin pestaño).

A veces, cuando podía conectarme con la pureza del cielo nortino, me acordaba de mi compañera Beatriz y de mi hijo Tito. Por ahí los imaginaba mirando por la ventanita de nuestra casa en Valparaíso hacia el océano infinito, transportando sus sonrisas hasta el horizonte y proyectarlas hasta mi cielo, hasta mi pieza, hasta mi pabellón de calle Carlos Marx. Los imaginaba durmiendo apretaditos, acurrucados junto a mi presencia etérea, soñando con mis sueños.

Pero había que escapar, volar, encerrarse, saber cuándo callar, saber cuándo hablar: no vivir lo real, hacerse invisible. Para eso había que irse, mantener la mente ocupada. Para espantar las penas estaban Filistoque, el profesor Nitrato, las predicciones del Mural Chacabuco 73, el dúo de Don Pampa y Caliche; para el

descanso el hotel “Chacabuco Hilton”; para la espiritualidad, la iglesia evangélica y la católica; para los sueños húmedos el gimnasio y la ducha fría si la encontrabas desocupada; para el canto combativo el coro del compadrito Quezada, la Peña Folklórica de a Chingana y el grupo Los de Chacabuco de Angelito Parra: “Nuestro canto es de los andamios, para alcanzar las estrellas”, nos murmuraba Víctor Jara al oído.

Los compañeros –presos de guerra, nos recalca el teniente Ananías– tuvimos que organizarnos. Y cómo no hacerlo con tanto potencial humano y tanta vida enjaulada. Cada casa –Si se les podía llamar a esos calabozos oscuros y húmedos, cuevas de tierra, adobe y calamina, guarida de ratas y maternidad de moscas– debía escoger a un delegado, quienes a su vez elegían a un representante por pabellón y éstos conformaban lo que llamamos, el Consejo de Ancianos, apoyado por la Vicaría de la Solidaridad. Gracias a esta organización popular y luchadora se creó el Barrio Cívico a cargo del compadrito Crisosto, en Patricio Lynch, entre Antofagasta y Tarapacá, con dos block de cuatro viviendas cada una. En el bloque poniente se encontraba el correo, el periódico, el teatro, la asistencia pública y el taller de producción, diseño y construcción. En el bloque oriente la sede social, (¡con sala de juegos!), la casona del folklore, el coro, la biblioteca, la casa de arte y el departamento de educación. También estaba la pulpería con el compadre Chamorro, donde encontrábamos frutas y verduras, leche, agua de soda y lo esencial... ¡cigarrillos!

Pero entre todo ese intento de escape mental y físico, venía la prohibición, la tortura, el delirio. Día a día el abuso, el descaro, la ignorancia supina. Y aunque no podían contra nuestro esfuerzo de barrera indómita de raza indígena mezclada con porfía europea, lo que sí se iba haciendo pedazos eran nuestros cuerpos, nuestras mentes.

Adentro del campo de concentración uno se comenzaba a deshilar internamente, como una madeja de lana a merced de quimeras despiadadas, de grifos humanos, de esfinges cuyas adivinanzas macabras no tenían respuestas lógicas... "que mi destino siga su curso, vaya a donde vaya", habría dicho tal vez Edipo en este destino aciago.

Así recuerdo todo entre las viviendas de cierre "L", fatamorgana en un campamento cercado de minas, alambres de púas, tanqueta y torre de vigilancia. Esa deformación onírica de la que hablara Freud, en la que los sueños eran sin duda la realización de un deseo, incluso en pesadillas ¿Cómo descifrarlos entre tanta barbarie y degradación? ¿Cómo trasladar la lucha subconsciente a espacios reales? Así estábamos, en los dominios del Hades tranzando con Caronte el paso al inframundo, intentando domesticar a Cancerbero, tratando de doblegar el curso implacable de las Parcas, enamorando a Preséfone para que nos llevara de regreso a la primavera...

El comienzo del fin fue un día viernes, de madrugada... Hace poco tiempo el compañero González Vega, del Mapu, buscó su casa de adobe donde trabajó junto a su padre en el caliche. La rastreó como siguiéndole los pasos a su esqueleto, o tal vez dejando que sus huesos se fueran despidiendo lentamente de su espíritu. Allí, en una de las vigas que lo cobijaron tantas veces, encontró su memoria, su pasado. Allí se despojó del miedo, del terror, de la muerte misma.

Nosotros hace días estábamos reuniéndonos clandestinamente con Corvalán, el poeta Montealegre, el doctor Jenkins y otros compañeros. Nos juntábamos –de a tres personas como máximo- a jugar damas, ajedrez o naipes. Así nos traspasábamos la información. Todo en clave: en la cola de los baños, jugando fútbol, arreglando los jardines, en mensajes cifrados de los libros de la biblioteca, calladitos oíamos "Escucha Chile" de radio Moscú en una real muestra de poder creativo del compañero Rabito. Todo servía: los ojos, los dedos, los pies, las carcajadas,

un silencio, un pestañeo, un bostezo, una sonrisa... todo perdía su significado original para obtener otro semánticamente diferente. Las palabras cambiaron su sentido, adquirieron vida propia.

Justo después de la visita del Cardenal Silva Henríquez y de la Misa de Ángel Parra "La pasión según San Juan, Oratorio de Navidad", quisimos preparar el viaje, el que esperábamos siempre, uno surrealista, de vida más allá del cerco de fuego, uno que nos librara de las brazas...

-Compañero Renato, mañana hay diana a las seis. Putas, no es por mosquearlo pero queremos despertar sin sueño. Usted sabe igual que a nosotros nos pueden venir a weviar si hay bulla y movimiento. Parece que mañana hay cambio y vienen los de la Fach ¿No nos cague el día quiere?

-Ese es el problema compañero. Todavía hay sueño y utopía, como la isla de Tomás Moro, lejana como el horizonte pero que nos sirve para avanzar. El tema es que aquí ya no hay día, es pura noche. Oscura como nuestros destinos en esta playa de muertos vivos, esta acrópolis de soñadores sin sueño...

### *Oratorio*

La pampa estaba solitaria y silenciosa con su chimenea oxidada cual crucifijo iconoclasta en un Gólgota de sal. En un misterio de contrastes amarillo-ilusión, el cielo ofrecía un cerúleo magnífico contrastando con el plomo arenoso del desierto. Las calles de Chacabuco dejaban ventilar la memoria entre los remilgos del adobe, mientras el viento evocaba la diáspora obligada por el sacrificio. Y en la plaza, el ecce homo pampino, el Cristo de un solo pie, el ángel que luchaba en sus anástasis infinita para ponerse a volar después de tanta vida truncada por el sol, el frío, las fichas y la metralla...

## *Contrapunto*

...Y entraron no más los celadores aporreando a diestra y siniestra, botando cuanto había en el buque, las calaminas las hicieron saltar de un zapatazo, dieron welta las tablas que servían de mesa con choqueros y too, volaron al fogón una cuantas ediciones del Despertar Obrero, agarraron al compare Jonás (al más chiporrito) y le dieron de palos hasta dejarlo tullido en el suelo, luego las emprendieron con el camarada Teobaldo y se ensañaron con sus calamorros acallampaos duros como piedras; como si fuera un saco de caliche le dieron, pero él, calleuque, siempre calleuque... Y entraron los de la Fach gritando como barracos, posesos por el brebaje del diablo de aguardiente y tabacazo... que quién chucha andaba armando revuelta y llenando la cabeza de weás marxistas, que si era el Carrasco o el Cabieses... que vayamos soltando la pepa los maricones, qué acaso creíamos que estábamos de vacaciones los bastardos ¡están presos, me escucharon, presos y sus mujeres los están cagando ahora mismo con otros de sus compañeros, comunachos de mierda!... Y me acordaba de mi taita cuando me decía que no me metiera en leseras, darle al caliche no más, que hay que laburar con la caeza gacha, como los chanchos, ¡crestones putamares!, no tendrían familias los muy canallas... Y de donde cresta sale ese ruido, gritaba el Ananías, ¿están escuchando los hijos de putas?, ven vó pacá diente de conejo: fuiste vó acaso, ¡estay escuchando sordo de mierda!... Y que qué nos creíamos con libros los piojentos, si apenas nos limpiábamos la caca, miren los patúos, leyendo El Despertar los ignorantes... Cáchese este poema mi capitán: "El Elefante sin Oreja", ven pacá Torres a ver si te dejamos como el elefante jajaja... Putas que nos dio julepe, más que la novia del desierto, crestones tiraos a suche, pura canallada nomás, ¿qué estay parloteando Anastacio?, ¿Te querí ir de chunca también? ¡Hay virgencita de la Tirana, sávanos de estos carniceros!... Mira este pobre pendejo, ¡Se llegó a cagar del susto!, allá lejos la ventanita de mis sueños, con el Tito y la Bea, sonrientes mirando el mar... Me acordé que dijeron que estuvo Caruso en el teatro de Chacabuco, ¿Habrá sío verdá?... Y que vayamos saliendo con las cabezas arriba –decía el Santander- los

marxistas al peo, campesinos tiraos a rusos, rapidito los weones y vamos corriendo para jugar al tiro al blanco... ¿Dónde estarán mis compañeros?: en Tres Álamos, en Colloquay, Londres 38, Nueva York 47, volvieron al Nacional, al Estadio Chile... ¡Tronadora!... ¡Preparen, apunten, fuego!... Que saliéramos los calicheros soviéticos, ¡a trabajos forzaos carajo!, a acarrear material pallá y pacá, están pasaos a Recabarren los obreritos, puro frío ajuera, ¡mancomunal querían los jutres!, y nos vamos cagando pal chucho y la camanchaca que nos llevaba de a poco y mis taitas y mis hermanitos y dónde quedó el Jonás y pa onde se llevaron al camará Teobaldo... Y vamos de vuelta a las piezas de castigo, a recoger excrementos, a cagarnos la psiquis y otra vez el submarino y otra vez el pigüelo y otra vez el potro y otra vez el ratón y otra vez la inyección de Pentotal...

-¿Oigan el par de loros, se pueden dejar de transmitir? Estamos todos en silencio, por eso estamos aquí, dormidos, de espaldas sobre los recuerdos para que no salgan a dar vueltas por el desierto...

-Tienen razón camarada Renato, demos una guelta por los corredores. El cielo está lindo allí fuera...

-Vamos compañero Anastasio, vamos a ver si al ángel ya le crecieron alas...





3° lugar  
**EL ÚLTIMO CAMPEONATO**  
*Rodrigo Ramos Bañados*

*Rodrigo Ramos Bañados, nace el 12 de junio de 1974 en Antofagasta. Estudió Periodismo en la Universidad Católica del Norte, y su carrera profesional la ha desarrollado principalmente en el diario El Mercurio de Antofagasta, donde se ha destacado en el área de cultura y espectáculos. Poseedor de un innato talento literario, este periodista antofagastino ha publicado varias obras, como la novela Alto Hospicio (Quimantu, 2008), Alto Hospicio novela gráfica (Quimantu, 2009) y la novela corta Pop (Cinosargo, 2010). También ha sido tallerista de narrativa en 2010 en Balmaceda Arte Joven de Antofagasta, y en el año 2000 fue becario del fondo del libro.*

*Actualmente continúa trabajando en El Mercurio de Antofagasta, y es colaborador de medios literarios. También desarrolla un blog donde se pueden apreciar sus obras y otros escritos, pero sus principales desafío hoy son las novelas "Kalule" y "El Descuartizado", que próximamente espera publicar.*



Nunca la pampa salitrera vivió un campeonato de baby fútbol tan dramático como el torneo unificado del verano 1975 en María Elena, cuando tres de los mejores equipos que parió esta tierra de calamina y sus respectivas barras, se dieron con todo pues mientras en la cancha trancábamos con el ojo, en las graderías del techado, nuestra santa iglesia, las chuchadas y escupos iban y venían. Al final de cada partido quedaba claro que todos los jugadores habíamos salido del útero de una puta o una perra. Ni hablar de la progenitora del “Dale color”, el árbitro más estrafalario que conoció la pampa y decisivo en la final.

Esta chifladura colectiva que sólo exprime la redonda, la mágica, a veces moría ahí, en el rectángulo granate de la cancha. Había un caso particular, tal vez el más extremo, el caso de la señora Zunilda Soto, la misma que nos escupía en los saques. La Zunilda era la encargada de recibir y despachar las encomiendas en el correo. Detrás del mostrador era una dama y hasta cuidaba la pronunciación, pero ubíquela en el techado, en primera fila y peor, en el vértice del tiro de esquina.

Gritaba como desahogada la pobre cristiana y si ameritaba, escupía como guanaco. Déjese de joder vieja' mierda, le dije una vez. A la postre fue para peor. Todo por su yerno, el "misterio Aliste", el jugador más tronco del equipo de los "Sí, sí como no, jaja" de María Elena, pero seco para cabezazo. Nadie se elevaba como él. Era lo más parecido a un defensa alemán, rústico pero efectivo. Más encima era feo por eso el apodo. Asustaba.

El "misterio Aliste" era, a la vez, primo de mi cuñada. Por esto yo, quiérala o no, tenía algún parentesco lejano con Zunilda. En esto de los parentescos y enredos, las viejas tenían la última palabra. Era asunto de preguntarle quién con quién. La pasión que el fútbol despertaba en los hombres, para ellas era por los líos. Se sabían la vida de todos o si no, la inventaban. En ese tiempo los televisores, las maquinitas del encierro eran escasos. Nos quedaba claro que todos en ese pueblo estábamos unidos por sangre, semen o por pelambre y además –lo siguiente lo remarco- nuestros viejos no eran para nada unos santos. A mi viejo una vez lo sorprendí detrás del mosquetero besándose con una vecina, pero de eso ni hablar.

Como nunca hirvió nuestra sangre en la final del unificado de 1975.

Después de dar cuenta en una semifinal de miedo al equipo regalón de María Elena, "Olimpia" y que ganamos en los trampeados –por el "Dale color" –tres minutos finales- que siempre fueron seis minutos- alcanzamos para sorpresa de todos la anhelada finalísima, el sueño de cabros, contra los míticos "Cruz Verde", el tremendo equipo de la oficina Vergara y campeón consecutivo de los últimos tres torneos.

No había como ganarles a esos cristianos. Jugaban de memoria. Después, en Antofagasta, confirmarían su mito con los inigualables "Chinitos Ly", marca registrada del baby fútbol en el puerto.

"Olimpia" no había podido ante "Cruz Verde".

Con holgura calló en las tres semifinales anteriores, a pesar de los desesperados arreglines, y no había otra manera de denominar los malabares, del "Dale Color".

Casi con tres toques llegaban al arco, pero nosotros teníamos lo nuestro aunque para ser sincero, nadie daba un peso por nosotros pus nos gustaba el pitito y andar con los ojos chinos. La mayoría pensaba que iba a ser un trámite. Era como chilito jugando contra la "naranja mecánica" de Cruyff, así nomás tenía que hacer.

Después de casi 35 años, todavía me recuerdan ese partido.

La última vez fue en "La Tuerca", una sala de cerveza de calle Bellavista, aquí en Antofagasta, donde nos juntamos algunos pampinos en escabeche a recordar o revivir. Pasamos las tardes de sábado, domingo y a veces de lunes. A la larga, a todos nos trae algunos problemas recordar. Se nos pasa la mano con la cervecita y ya con los años ni el hígado ni el corazón aguantan demasiado. Usted sabe: tos, tirones y después la mujer que jode por los ronquidos de bicho prehistórico. He visto a varios viejos irse, infartados del bar a la ambulancia. Cosas de viejos. Algunos nunca regresan. La juerga sigue en el funeral con "Borgoña" y pan con dulce de membrillo. La mayoría somos diabéticos. Siempre respondo que para mí y mi generación, ese campeonato cerró sentimentalmente la pampa. La cerró de un portazo.

Al año siguiente, 1976, mi familia estaba recién instalada en Antofagasta. Para qué le digo mi cara. La tenía de tres metros.

Aterrícé a los 23 años en esta ciudad desapasionada. Fue un cambio y se lo digo terrible, es poco. Todavía me deprimó.

Solo sabía jugar a la pelota. Mi papá me decía que sólo hiciera eso. Me lo inculcó desde cuando andaba con los mocos colgando como yoyo. Me dijo que para él, era un orgullo que su hijo mayor fuera el mejor de su generación en María Elena. Sin embargo, prefería los amigos y usted ya sabe. Cuando fui a probarme a los 23 años al Antofagasta Portuario, había 20 cabros igual o mejores que yo, lo peor es que ellos tenían 18 años y corrían como perros. No seguí. Después jugué en el fútbol amateur por "Halcón del Oriente" y sigo como viejo crack en "Correvuela",

siempre de 10. "Dale color" todavía arbitra.

La ciudad me despertó como si me hubieran lanzado un balde con agua helada. Después de 1976, me sucedieron muchas cosas en la vida, más malas que buenas como le pasa a todo el mundo, pero gracias a ella, mi amorcito, las superé en parte.

Sin embargo, nunca he vivido algo parecido a lo del campeonato de 1975.

Ese momento marcó mi vida y la de todos, creo, de ese equipo. Lo remarco con emoción. Lamentablemente de los cinco que entramos a la cancha en la final sólo sobrevivimos dos, por estos algunos eleninos, medio en broma y medio en serio, me han dicho que a ese equipo lo maldijeron. Tal vez los escupos de la Zunilda iban con cizaña. Esa posibilidad que aclaro, me tiene sin cuidado, me llevó a escribir esta historia que también está dedicada a mis tres compañeros de "Pura Calle" que de seguro me cuidan desde arriba, junto al Santo. Por esto siempre cuando meto un gol miro al cielo. Allí, de seguro, están cuidándome: "El Chori", "Carehue", y mi gran amigo "Mecha" que partió hace un mes, tras luchar contra un terrible cáncer a la próstata. El quinto del equipo era el "Chino" Véliz, el arquero, que según supe todavía está viviendo en Suecia exprimiendo a una vikinga.

*\*pura pura calle  
valiente equipo  
muy difícil de derrotar*

En aquellos años, María Elena era un reducto impenetrable en medio del desierto, algo así como un castillo persa de los tiempos de Darío "El Grande" y esto que puede sonar grandilocuente lo reconozco, es porque siempre y hasta muerto adoraré ese caserío metido en el culo del planeta, donde nada florece y todo se quema. En consecuencia la vida –por el impulso de hacer dinero sino para qué meterse en esa caldera-en ese lugar del carajo se valora el doble.

También impenetrables eran las oficinas salitreras de Pedro de Valdivia, Vergara y Coya Sur. En resumen, una especie de Vía Láctea. Manteníamos códigos secretos y hasta la manera de hablar variaba entre los unos y los otros. Los más raros, dejémoslo en marcianos, eran los vergarinos. Y no era tan raro, porque lo vi, encontrarse con marcianos y ovnis en la pampa, pero eso da para otro cuento. Los vergarinos se juraban los más hermosos de la comarca aunque, reconozco, eran buenos para todo o mejor: todo lo que hacían les salía bien. Eran ellos nomás. Exclusivos. Se casaban entre ellos. Sería mucho decir que funcionaban como secta, pero iban para allá. Lo digo con causa pues una vez con mi amigo “Mecha” no nos permitieron entrar a una fiesta. Antes, nos miraron de arriba para abajo y después nos dijeron que era una fiesta exclusiva para vergarinos. Todavía creo que esa vez nos discriminaron por futbolistas. Con mi compadre le hicimos varios goles a “Cruz Verde”, en el mismísimo estadio de Vergara, y esa fiesta fue precisamente después de un partido en que perdimos 10 a 3. Los tres goles de nosotros los marcó el “Mecha”. El “Mecha” no era tan hábil como yo, pero tenía un imán para atraer la pelota justo en el área y pa’ dentro mierda. Gol. Fue clave en la final. Así eran los vergarinos, llenos de virtudes. De un día para otro se los tragó la tierra como a los de Coya Sur y los de antes. Bastaba salir a la carretera, la sangrienta, y comprobar en que íbamos a terminar nosotros. A pesar de esto, nunca he imaginado a María Elena como un pueblo fantasma. Un vergarino me dijo una vez –mientras bebíamos en “La Tuerca”- que Vergara estaba viva en su cabeza. Luego me dijo que pusiera mi mano en su frente para sentir el ruido del pueblo.

Nosotros nos sentíamos distintos al resto. Podría decirse que éramos más amigables y en nuestro caso, más rockeros. En efecto, para pertenecer al valiente equipo de “Pura Calle”, había que ser rockero. Era el requisito número uno. En los veranos, antes de ir a la piscina, nos gustaba volarnos con “Gran Funk”. Uno andaba lento como *Steve Austin*, “*El hombre Nuclear*”.

Recuerdo que fuimos los primero en traer al norte a la banda de rock “Tumulto”.

Ni siquiera habían tocado en Antofagasta. Después supe que nosotros, a diferencia de Antofagasta, no gozábamos del privilegio del toque de queda. Había un carabinero en el pueblo que manejaba a su paco raso y eso bastaba. No tenían mucho trabajo y casi siempre se les veía durmiendo o viendo el televisor, mientras los pititos corrían como agua entre nosotros. Solo vimos milicos en algún desfile o cuando vinieron las pollitas. María Elena era Júpiter, el planeta más grande.

Todo llegaba primero a nosotros y después, para nuestra dicha, chorreaba al resto de las salitreras, asunto que en los otros despertaba envidia. Para mí, lo mejor era ver primero las películas y después contársela a algún amigo o pariente de las otras salitreras. Les contaba el final.

La competencia era brava entre eleninos, pedrinos y vergarinos. Siempre fue así y creo que todavía lo sería, si el desierto no se hubiera engullido hambrientamente a los pueblos. Como era de suponer, las pasiones se desataban en las competencias deportivas. Algunas veces se empezaba a escupos, se seguía a combos y después era fácil terminar en botellazos y pedrazos. Recuerdo haber expulsado a pedrazos, delegaciones y barras de pedrinos como también ellos a nosotros. Los pacos no se metían y los heridos al hospital. No había diarios ni periodistas para armar alharacas, así que todo quedaba ahí, como capullo.

Por suerte, el unificado de 1975 no terminó de esa manera. Esto pues, ningún equipo de Pedro de Valdivia llegó a las semifinales. Dijeron que boicotearon el campeonato, pero en realidad ellos en ese momento tenían buenos equipos y punto, y creo que seguir dándole vuelta al tema, como se sucedió con un porfiado con el que casi nos vamos con las manos en "La Tuerca", es majadería.

Para nosotros, los que solo vivíamos por y para la sagrada redonda, ganar el campeonato era dejar en lo alto, en el firmamento azul del desierto, el nombre de María Elena y pasar a la historia como lo hicieron nuestros padres y abuelos



en su momento. En el consejo de deportes estaban los nombres de los atletas, futbolistas, basquetbolistas y boxeadores grabados bajo sus respectivos trofeos y medallas. Ponía la piel de gallina pensar que uno podía llegar a estar ahí, entre los elegidos.

La deuda de mi equipo “La Pura Calle”, la de “Olimpia” y también de “Sí, sí, como no, jaja” era devolver la copa de baby fútbol a María Elena, después de tres años de paseo por el planeta Marte. Por esto cuando partió el campeonato nos propusimos dejar el alma y las huevas –que huevos, las huevas- en la cancha.

*Pura pura calle  
juvenil equipo  
muy ágil y comprometido*

Jugar a la pelota por la selección de su salitrera te daba un estatus especial. Eras como un artista o algo parecido a un cantante de moda. Demás está decir que todos te conocían y por eso te saludaban, siempre. Ni hablar de las chicas. Nos iba bien hasta con las más crecitas.

Las más crecitas eran más suavécitas porque usaban más cremitas y se la untaban por sus presitas, decía un califa de la Pampa que por esos vaivenes de la vida derivó a pastor evangélico.

Nunca me pillaron, al menos, aunque nunca me arriesgué en demasía. Al finado “Chori” sí, y por esto se comió un boxeo del “Oso” Cárdenas que ni le cuento. Tuvo tres días en el hospital por un tec cerrado y la pobre mujer del “Oso”, una semana. El maricón, y no había otra manera de denominarlo, la dejó como carne molida. Era normal en la pampa, por desgracia, que el hombre boxeara a la mujer si le ponía los cuernos. Un poco más y las lapidaban. Recuerdo varias sacadas de cresta, algunos con muerte. Daba pena que al lado de tu casa, por ejemplo, el viejo golpear a la vieja y que después la vieja llegara a tu casa sollozando con su ojito en tinta para

que a mi mami Sarita, le pusiera un bistec en el ojo. Así de vacas eran algunos machos encopetados de la pampa. A pesar, de todo, mi papá nunca le tocó un pelo a mi mamá y si lo hubiera hecho se las habría visto con nosotros, sus seis hijos.

Lo bueno que el desgraciado del “Oso” nunca más se apareció por la pampa. No iba a aguantar que le apuntaran como cachudo. Después su mujer desapareció. Años después, “Chori” dijo que los vio juntos en el terminal pesquero de Antofagasta comiendo un mariscal y que se veían muy felices y de la mano como si nada hubiera pasado allí ¿Quién entiende el amor? Me dijo una vez “Chori” con esa cara de mono asustado que ponía cuando algo le parecía mal.

Una de las novedades del campeonato 1975, fue que en la final tuvimos a las pollitas. Puras cabritas ricas de fina selección saltando con plumeros. Idea del alcalde que les tenía un diente que ni le cuento. Todavía le estoy agradecido –siempre se lo recuerdo cuando lo veo por ahí-. Gracias a él conocí a la que sería mi amada mujer.

Recuerdo como si fuera hoy cuando las pollitas del Liceo de Niñas Antofagasta, bajaron del camión de los milicos. Estaban medias asustadas –tal vez pensaron que se iban a desviar de Chacabuco-.

La mayoría no conocía María Elena ni se imaginaban algo parecido en el desierto, según me contó después Marielita. Las llevaron a pasear por la plaza y el mercado. Error. Como era pueblo chico, los más jóvenes se pasaron el dato y rápido cayeron en masa a la plaza poseídos por la testosterona. Solo sentí los gritos. Las chicas, medias asustadas, terminaron arrimadas al camión de los milicos, con los milicos al lado, que le ponían su mejor cara de perros a los cabros puñeteros. Un poquito más y la cosa terminaba a combos y culatazos, o peor, a balazos.

Cuando salimos a la cancha las chicas ya relajadas al parecer, hicieron su show con plumero en mano. Un par de revolcadas en el suelo dejaron locos a los viejos.

Los viejos le celebraban todo con aplausos y silbidos y aclaro, sin ninguna grosería, a diferencia de los cabros. Los cabros habían quedado con la bala pasada después del incidente con los milicos. Les gritaron cosas bien feas. A mi me dio vergüenza ajena. Entre las pollitas estaba mi Marielita, que ha tenido una paciencia de china conmigo, especialmente en los últimos años –y eso lo dice mi madre y toda mi familia-. Es lo único que puedo agregar sobre mi depresión.

*Pura pura calle  
Gran equipo de pura  
Cepa pampina*

-Todavía jugai- me dijo Roberto Baeza, “Dale Color”

-Y vos, todavía arbitrai, saquero de la conchelalora- le respondí antes que comenzara un partido de un campeonato inter-empresas en el Fortín 21 de mayo de Antofagasta.

“Dale Color” debería estar en el museo de cera de la pampa. Arbitraba con todo lo que ameritaba ser arbitrado y siempre vestía de negro como cuervo aunque al final su traje, desgastado como cáscara de cebolla, había adoptado un color plomizo tipo tornasol. Si había un campeonato de ping-pong, ahí estaba. Tenía más talento, decía, para arbitrar voleibol que baby fútbol y eso quedó claro, una vez más, en la final del campeonato cuando injustamente –insistí e insistiré hasta que me tiren tierra- me expulsó.

“Dale Color” iba y venía de campeonatos. Lo llamaban de Pedro de Valdivia, Vergara y hasta de Quillagua donde había más burros que futbolistas. Cobraba por sus servicios e incluso una vez, y esto hace poco, lo vi con un cartelito pegado en la solapa de su traje que decía Fifa. Uno decía: este gueón como mierda se sabe las reglas de todos los deportes. Si no los sabía, los inventaba. Maestro.

En uno de los últimos encuentros de deportistas de María Elena, hace un par de años, y después de los sentidos homenajes a quienes partieron, hubo un mini torneo entre las generaciones de los años setenta. Entre los árbitros, adivine quién apreció y con el pelo negrito como petróleo. Todos no miramos como diciendo, chucha este gueón otra vez y está igual ¿Cómo mierda lo hace? Ni guata tenía. Al parecer, nosotros fuimos los tontos que nunca superamos salir de nuestra incubadora pampina y en consecuencia nos cargamos al litro. Y ahí estábamos: guatones, pelados y diabéticos.

Aquella tarde "Dale Color" arbitró baby fútbol y voleibol.

Así, mientras "Dale Color" arbitraba un partido de voleibol encaramado junto a la red, el "loco" Tapia, de puro pesado, le subió una empanada y una Coca Cola, para con esto comprobar si el hombre dejaba de arbitrar un rato. "Dale color" se comió la empanada en dos mordiscos sin perder la atención en el juego y luego se tomó la Coca Cola. Con esto, el hombre nos demostró su profesionalismo a toda prueba.

Después, en el asado final del mismo encuentro, actuaron todos los que tenían que actuar y todos los que tenían que cantar, y para sorpresa de nosotros como cierre del show artístico presentaron al gran Roberto Baeza, el poeta. Sí, aunque no lo crea, "Dale Color" era también poeta. Y empezó: ¡Oh María Elena, Pampa mía! Gloriosa oficina y cosas en ese tono. Era completo el hombre, un real churrasco completo chucrut, mayo y tomate. Ahí me di cuenta que tenía bien ganado su apodo. El hombre le ponía color a todo.

Sus poemas me llegaron al alma y no es un chiste. Con un abrazo me reconcilié con "Dale Color", después de más de 30 años.

Juegue –gritó "Dale Color"- a las 21 horas con 15 minutos del sábado 15 de

noviembre de 1975.

El cielo naranja fue lo último que vi al entrar al gimnasio. Tenía claro que adentro iba a cambiar mi vida. Y no me equivoqué.

El ruido del gimnasio era ensordecedor. En las graderías estaban todos. Desde el viejo Memo, el dueño de los flippers, hasta la Zunilda, esta vez al lado del "Misterio". Ambos iban a gritar por nosotros. Éramos María Elena, la querida, la de todos.

Antes de seguir con la final, le explico el tejemaneje del campeonato. Jugamos 8 equipos, divididos en dos grupos. El primer grupo encabezado por el ganador anterior, "Cruz Verde" de Vergara. Y el segundo grupo encabezado por "Olimpia", subcampeón del grupo anterior. Nosotros quedamos en el grupo de "Olimpia". No era malo pues le habíamos ganado en dos, de tres partidos amistosos que jugamos antes del campeonato a modo de preparación. Los dos ganadores de cada grupo jugaban a la final. El resto miraba.

"Cruz Verde" no tuvo problemas en su grupo. En consecuencia, no vale la pena detallar los partidos de cómo llegó "Cruz Verde" al final.

Nosotros, en cambio, éramos los niñitos marihuaneros, los malos del lote. Nos condenaban porque éramos buenos para la fiesta. Silenciosamente les fuimos sacando la cresta a todos y que pase el siguiente.

El otro equipo cototo, era "Olimpia", orgullo de María Elena, decía su canción. Allí jugaban los hermanos Corrotea que eran secos para la pelota. Nosotros de algún modo derivamos de "Olimpia", o algo así como el Magallanes y su hijo Colo Colo. Jugamos desde chico a la pelota con los Corrotea, pues vivíamos a dos cuerdas de distancia. Imagínese las pichangas que se armaban. Terribles. Como dato, uno de los Corrotea, el David, llegó al profesionalismo. Jugó en Audax Italiano, pero se volvió a la Pampa. Nunca se acostumbró en Santiago.

Debí haber jugado por "Olimpia", pero al final opté por el lote "Mecha" por la sencilla razón de que eran más relajados. No nos pasábamos a guano entrenando a las 6 de la mañana entumidos, como lo hizo "Olimpia" antes del campeonato ¿Para qué? Parecían atletas en vez de jugadores de baby fútbol. Nosotros, en cambio, jugábamos cuando había que jugar nomás. Nunca nos creíamos profesionales. Cambia la cosa si hubiéramos jugado fútbol, donde hay más desgaste físico. El baby fútbol, en cambio, es pura ubicación, rapidez e inteligencia. Lo mejor es jugar desde chico con el mismo equipo y nosotros lo hicimos. Con los cabros nos conocíamos de memoria.

Contra nuestros hermanos mayores de "Olimpia", lamentablemente, jugamos el partido definitivo que nos dio el pase a la final.

Mañiña, Peralta, el finado Palta y los dos Corrotea integraban "Olimpia". Todos buenos y más encima con una barra de lujo encabezaba por la Zunilda, que había quedado picado con la paliza que le dimos a "Sí, sí, sí, como no, jajaja" y el finado Quemper, que estaba medio chalado. ¡Gorriao culiaos! nos gritaron por lo bajo, mientras uno jadeaba como perro en leva.

El partido fue intenso y se definió en los últimos 3 minutos finales. Era todo un show lo de los 3 minutos. Por cada minuto que pasaba se iba apagando una corrida de luces. Al final terminábamos casi a oscuras. Eso fue ocurrencia del alcalde para darle más emoción al cuento, cuestión que no gustó.

Llegamos a los 3 minutos finales 5 a 4, con ventaja para "Olimpia". Sin embargo yo metí los goles, uno por el error del finado Palta. Pobrecito. Murió hace un par de años de silicosis. Sacó mal y yo la agarré de volea y ¡paf! pa' dentro y a gritar. Fue el 5 a 5.

La ventaja fue una gran jugada del "Mecha" que se pasó al Corrotea, me la pasó de taco a mí, e hice el gol. El resto fue aguantar los minutos de 300 segundos del "Dale Color". Ganamos gracias también al Chino Véliz, que le sacó dos pelotas de gol a Corrotea.

Recuerdo El rostro de funeral del finado Palta después de ese partido. Fue tremendo para ellos. Se los juro, nunca vi tipos tan deprimidos. Pensé que lo mejor sería que clasificaran ellos, pero así nomás fue. Todas sus madrugadas de ejercicios se las destruyeron los voladitos de "Pura Calle"

*Pura, pura calle  
equipo sin igual  
deja todo en la cancha,  
corazón, coraje y amistad*

Después de cantar el himno nacional y el de nuestro equipo con una emoción que contagió a todos, por el silencio, salieron las pollitas. Ahí estaba Marielita, en un costado. Después me dijo, que me veía nervioso y que tenía cara de pollo al matadero. Ni siquiera me acuerdo de que hicieron las chicas. Quedé sordo.

Salimos con el Chino Véliz al arco, el "Carehue" y el "Chori" atrás, y yo con el Mecha adelante. Cruz Verde, Salió con Ly, Flores, Reyes, Zamora y Fernández.

Nosotros nunca pensamos como cabros chicos que éramos, cuando uno siempre ha crecido ahí, yendo a las piscinas y todos los lados, que íbamos a estar representando a nuestra salitrera en la final del campeonato de baby fútbol más importante de la pampa. Pero ahí estábamos, con el corazón a mil por hora aguantando el toque de Ly y Flores, más Reyes detrás. La movían sin mirar. Después de cinco minutos vino su primer gol. Un error de "Carehue" y Ly que se la pasó a Flores y a gritar. No alcanzó a pedir disculpas "Carehue" cuando vino el segundo, y con esto, los primeros insultos de la gente. Debíamos calmarnos. No nos quedaba otra. Así que nos demoramos un poco para partir, cuestión que molestó a "Dale Color" y le puso una tarjeta amarilla al "Mecha". Ahí empezó la bronca contra el "Dale Color". Aguantamos atrás un par de minutos y salíamos jugando, hasta que "Carehue" provocó un corner, lo hizo él y por arriba ganó el "Chori", 2 a 1, y

la Zunilda se despachó un rosario que provocó el reclamo de Ly. Otra vez "Dale Color" se fue contra nosotros para que calmáramos la barra. Iban 15 minutos, y se jugaban 30 por tiempo, en dos tiempos.

"Dale Color" vivía en María Elena, pero sus cobros nos hacían dudar que fuera nacido y criado allí. El hombre, a veces, era demasiado apegado al reglamento y en otras, permisivo. Tal vez le había tocado, quién sabe. Era solterón y hasta decían que se le quemaba el arroz. Puedo decir que una vez lo vi haciendo cola para las prostitutas y eso despejó todas mis dudas. Pero mejor, vayamos al partido.

Empatamos con gol de "Mecha", que retumbó en todo el estadio. Cayeron hasta papelitos picados. El primer tiempo terminó 3 a 2. Fue peleado. Nunca sentimos que el equipo que estaba al frente era marciano o algo parecido. Nada. Jugaban bien, coordinados, pero eran medios frágiles. Medios madres. Trancando le perdimos el respeto. Ganábamos la mayoría de las pelotas divididas, pero aclaro, no era de fuerza el juego nuestro. Esta vez ellos estaban de nosotros: jugando al toque, limpio.

Creo que los cabros de "Olimpia", así como estaban de preparados físicamente, le habrían ganado. "El Mecha" y "Carehue" eran más altos que ellos. Por esto una de nuestras armas era el cabezazo, pero hay que decir también, Zamora y Ly tenían un resorte en las patas. Zamora era seleccionado de voleibol en la región. Ly era un jugador completo. Nunca vi un tipo como él, en la pampa. Si hubiera jugado profesional, de seguro llegaba a la selección, pero a pesar que lo vinieron a buscar de Colo Colo, decían, nunca quiso dejar la pampa.

Como no teníamos DT, el flaco David Corrotea nos aleonó en el entretiempo de que podíamos ganar. Nos dijo que no era "Cruz Verde" que estaba jugando mal, sino que nosotros lo estábamos haciendo bien. Que siguiéramos así destruyendo el juego de "Cruz Verde" ¿Nosotros a qué hora jugábamos? Al parecer Cruz Verde andaba jugando mal porque salió con todo, y en cinco minutos nos hizo dos goles. Quedamos 5 a 2, y el público comenzó a alentarnos, hasta que Cruz Verde se ganó



los aplausos con el 6 a 2. Golazo. Nos hicieron ver como palitroques. La jugada del recordado gol, uno de los mejores que he visto en mi vida por la coordinación, partió con un pase de cuchara que cruzó la cancha desde atrás hacia delante de Salgado, que había reemplazado a Fernández –que al parecer andaba enfermo de la guata porque se tiraba pedos terribles-, que recibió Ly por la izquierda y de un solo toque se la puso con otro cucharazo por encima de nosotros a Zamora, que entró por la derecha –venía corriendo desde atrás-. Gol. Golazo.

¿Reaccionamos nosotros o se relajaron ellos? Sin quererlo, hicimos el 6 a 3, 6 a 4 y después metí el 6 a 5, con un vistoso toque entre yo y el “Mecha”. Así llegamos a los 3 minutos finales. Imagínese como estaba esa pobre mujer Zunilda. Chino de mierda le gritaba a Ly, que ya tenía la espalda llena de pollos. Daba vergüenza. Fue la primera vez que vi a Ly nervioso.

El empate vino después de un corner de “Carehue” que se la tiró al arquero, y éste soltó la pelota, y ahí aparecí yo para empujar al arquero y la pelota. “Cruz Verde” reclamó. Estúpidamente yo le grité en la cara el gol de Ly y después al “Dale Color”. Por suerte el empate estaba cobrado. “Dale Color” me mandó a las duchas y ahí terminó todo.

Mariela, a quien le pareció injusta la expulsión, me esperó a la salida del camarín. Tomó mi mano y me dio un beso en la mejilla. Con el tiempo entendí que ella ha sido mi mejor triunfo.



1° Mención Honrosa  
**EL BURRO DE LA OFICINA MAPOCHO**  
*Nancy Zepeda Zomoza*

*Nancy Leonora Zepeda Zomoza nace en Antofagasta, 03 de marzo de 1962. Cursa sus estudios en el liceo Santa Marta en Vallenar (1 básico a 4º medio), tuvo su paso por la Universidad de La Serena en la carrera de interpretariado en inglés pero finalizó en el centro de formación técnica de Antofagasta Esane del Norte, donde se tituló como secretaria ejecutiva. Se desempeñó profesionalmente durante 12 años en la empresa "Finning Chile S.A." Antofagasta, actualmente es dueña de casa. Se define como una escritora emergente, "el Burro de la Oficina Mapocho", es la primera obra que he presentado a un concurso literario, iniciándose en esta disciplina y con gran éxito. Espera en el mediano plazo, revisar algunos temas que cuyos borradores conserva, para seguir presentándose en futuros concursos.*



Nunca nadie supo su nombre verdadero, ni su origen, ni su oficio –si es que alguna vez desempeñó alguno– sólo se sabía que se trataba de un personaje tras-humante, que pertenecía a la mayoría de la oficinas salitreras de los cantones de Huara y de Nebraska y era aceptado en ellas como se tolera a un perro callejero que cuida la cuadra, recibiendo en cambio, una escasa ración de comida. A este pampino equis, a quien no se le podía mezquinar dicho calificativo, porque todos lo conocían desde siempre deambulando por los campamentos, lo llamaban “El Burro”, no porque tuviera elongadas las orejas o algún otro apéndice anatómico, sino que por su inveterada costumbre de anunciar su llegada a una salitrera con un estridente rebuzno, que nada tenía que envidiar en sonoridad, armonía y sentimentalismo al del más castizo pollino semental de la tamarugalezca pampa. Tenía amigos por todos lados, la mayoría de ellos ancianos buenos para el copete que lo invitaban a los ranchos o cantinas donde le mataban el hambre y la sed, retribuyéndose ventajosamente del gasto con los chismes y noticias de las otras oficinas salitreras que el Burro, cual un “propio” profesional, les traía de primera

fuelle o bien extraídos de su magín de acuerdo con las circunstancias y las necesidades de información de sus ocasionales anfitriones.

En la oficina "Mapocho" pasaba la mitad de su tiempo, que era propio e indefectiblemente suyo, ya que tenía por divisa no trabajarle una chaucha a nadie. Su edad era indefinible y podría haber contado con cincuenta o setenta años de permanencia en el planeta Tierra; pero eso a nadie le importaba. La compañía del Burro era placentera debido a que siempre sacaba a relucir amenos temas de conversación, sabrosos chistes picantes, amén de una provisión abundante de refranes y dichos del glosario de vocablos y términos pampinos; todo ello concordante con la idiosincrasia y deseos de sus oyentes. Sin embargo, cosa curiosa, cuando en el grupo se encontraba algún tertuliano foráneo de buena presencia y con educación, nuestro personaje parecía desdibujarse y pasaba al último plano de la reunión; se abstenía de participar en la conversación y se le notaba cohibido y como amilanado. Si alguno le preguntaba su opinión sobre el tema que se estaba discutiendo en ese momento, contestaba con jerigonzas, ambigüedades e incoherencias cual si de pronto hubiese perdido la razón. Esta costumbre tan extraña daba motivos para hablar a los obreros, quienes no se decidían a afirmar si se trataba de locuras temporales o estaban viéndoselas con un pillo redomado.

El Burro tenía su guarida justo a un costado de la torta de ripios, en un socavón antiguo que había servido antaño como polvorín. Esa morada, más propia de un anacoreta, era un sitio tabú para la población, especialmente para los niños, porque corría la conseja que el Burro tenía hecho un pacto con el diablo y adentrarse en esa caverna significaba encaminarse en línea recta hacia el mismísimo infierno.

El aspecto desaliñado, desandrajado y reñido con el aseo que presentaba nuestro personaje no le permitía acercarse a la plaza, a la pulpería, al cine, ni a otros sitios públicos, desde donde era despedido con miramientos, por lo que –cual pájaro noctámbulo- solo se atrevía a salir en las horas cuando la población estaba entregada al descanso, merodeando alrededor de los "ranchos" a la espera de la salida de los últimos clientes, quienes con la nunca desmentida generosidad del borracho, no le escatimaban algunas fichas de baja denominación o una botella

de vino a medio consumir.

Así transcurría la vida de El Burro, en forma tranquila y apacible, porque si albergaba por un momento la intuición de un rechazo en alguna salitrera, tenía muchas otras a su disposición para decidir donde mudarse. De esa manera, se le veía cruzar el desierto endilgando hacia los cuatro puntos cardinales con sus variantes, conociendo gente y enterándose de las cosas que sucedían en el cotidiano devenir, para poder transmitir las oralmente a otras comunidades en beneficio propio.

En aquellos lejanos tiempos, en mi carácter de profesor de música, fui destinado por mis superiores a dictar clases por semana en la escuela de la oficina Peña Chica, donde oficiaba como directora la señorita Oriana Figueroa, excelente y pundonorosa pedagoga, quien había inculcado en sus educandos un gran amor por el folclore, el baile y las tablas. Entre ambos proyectamos y dimos vida a una pieza teatral tipo opereta, cuyo contenido artístico conllevaba pasajes del modus vivendi del obrero salitrero y su familia, sus afectos, esperanzas, resquemores, aprensiones y muchos etcéteras.

Para tal efecto, concebí y llevé a la práctica pequeñas piezas musicales para niños, con motivos y letras del acervo pampino. Después de múltiples ensayos creímos estar preparados para poner en escena, nuestra creación intitulada; “La Pampa Salitrera Canta y Baila”.

La víspera del debut nos encontrábamos atareados en la habilitación del prosenio en la cancha de básquetbol, tratando de encontrar el mejor lugar para la ubicación del piano, que no facilitara en calidad de préstamo la Administración de la vecina “Santiago Humberstone”. En eso estábamos, cuando se escuchó en la lejanía, emulando el sonido de la trompeta del juicio final, el estruendoso rebuzno, precursor de la llegada del inefable Burro de la oficina Mapocho.

Este apareció rengueando y con aspecto abatido, tal vez por el largo camino que tuvo que recorrer a pie, bajo el tórrido sol del desierto para llegar a Peña Chica. De todas maneras, luego de saludar con afecto a los presentes y de imponerse de lo que estaba sucediendo, se sentó a descansar en un escaño, presenciando al mismo tiempo, los preparativos y últimos ensayos de la gran fiesta pampina.

A pedido de la directora, una de las apoderadas fue a buscar un sándwich y una botella de refresco para agasajar a la visita, atención que el Burro aceptó con repetidas inclinaciones de cabeza. Sin embargo, la actitud del hombre denotaba un resto de incomodidad y desasosiego mientras mantenía la vista en el piano de cola.

Al fin no pudo más y solicitó en voz alta a la señorita Oriana, que le permitiera tocar el instrumento.

La maestra, con palabras cometidas, le explicó que eso era imposible porque se trataba de una pieza valiosa, única en su género y que, además, estaba bajo su responsabilidad. Le permitiría mirarlo; pero no tocarlo.

El hombre se dedicó a pasearse cerca del instrumento musical, no le quitaba los ojos del encima y hacía ademán de acariciarlo. En una de sus vueltas se topó conmigo y me pidió muy encarecidamente que intercediera ante la directora para que le permitiera dar tan solo un arpegio en el teclado. Me causó admiración los términos en que se expresaba el vagabundo; pero le repetí las instrucciones dadas, amenazándole con hacerle abandonar el recinto si seguía insistiendo en su desmedido requerimiento.

El Burro expresó su desesperación con una par de tristes e indudables rebuznos y volvió a su asiento con los ojos preñados de ansiedad. Mientras tanto nosotros, los profesores, los apoderados y los alumnos mayores, proseguimos en nuestra tarea de armar y adornar el escenario.

Al final el hombrecito no pudo más, se levantó y con voz plañidera nos dijo: "Por favor, les ruego que den solamente unos minutitos para poner mis manos sobre el teclado. Denme el gusto y me iré contento. Prometo no seguir molestándolos....." ¡Se los suplico por el Señor que está en los Cielos!"

Oriana –corazón de abuelita- lo llamó: "¡Burrito, quedaría apenada si te negara el favor que me pides! Ven...tócalo; pero solo por un ratito. Mira que me comprometes". La gente, que presenciaba divertida el inusual espectáculo, se acercó más mientras que el Burro caminando muy erguido, subía la escala y se dirigía al instrumento. Apropincoó el piso, le propinó unas palmadas para quitarle el polvo que lo cubría y se sentó ceremoniosamente levantando la cubierta del



piano con exquisito cuidado. Respiró hondo y con una sonrisa beatífica hizo correr un dedo de izquierda a derecha a todo lo largo del teclado. Le gustó lo que oyó y después de refregarse los dedos y hacerlos tronar, atacó sin más preámbulos la Polonesa en La Bemol Mayor Opus 53 de Federico Chopin. A medida que las notas se elevaban en el aire y llegaba a los oídos del público, se sintió un murmullo de asombro e incredulidad, para pasar al más completo silencio. El más admirado era yo que no podía dar crédito a mis oídos. La ejecución era tan perfecta y pura como nunca la había escuchado, ni aún en las grabaciones existentes en la discoteca del Conservatorio Nacional, donde se custodian las interpretaciones de las obras del genio polaco ejecutadas por los más afamados pianistas a nivel mundial. Tal vez exagere; pero esa fue y sigue siendo mi impresión.

Al sonar los últimos acordes de la obra maestra, todos los ocasionales concurrentes nos mirábamos a las caras sin saber qué hacer, hasta que la directora empezó a palmotear con cautela; dos o tres pares de manos se sumaron tímidamente a los aplausos; más, de pronto, estalló una ovación padre y señor mío felicitando al músico y recurriendo al consabido grito de: “¡Otra!.. ¡Otra!”...

Sin embargo, el Burro, haciendo caso omiso a la petición del público, se levantó parsimoniosamente, alzó los brazos e hizo una cómica reverencia. Acto seguido, bajó la escala y, abriéndose paso por entre los concurrentes, se alejó por el mismo camino por donde había llegado dejando a todos petrificados por el asombro. El último sonido que de él escuchamos fue un largo rebuzno pletórico de felicidad.

Lo más extraño es que desde esa mañana se perdió todo rastro de este personaje quien, al alejarse de la comunidad pampina, se convirtió en una verdadera leyenda, dando pábulo a todo tipo de conjeturas y especulaciones.

Al imponerse de lo ocurrido, el administrador de Peña Chica expresó por todo comentario la siguiente sentencia lapidaria:

“¡Bendito seas Dios! Un habiloso sí puede hacerse el tonto; pero un tonto, por más que lo intente, no puede hacerse el habiloso”.



2º Mención Honrosa  
**LOS DUEÑOS DE MARÍA**  
*Mario Castillo Suárez*

*Mario Castillo Suárez, nació en María Elena el 24 de Junio de 1974. Técnico Electrónico de profesión, se desempeña como eléctrico instrumentalista en una empresa minera de la Región de Antofagasta. Durante 10 años trabajó en SQM, específicamente en María Elena, donde su experiencia en la última oficina salitrera en actividad del mundo y su cariño por la pampa salitrera inculcado por su padre, fueron alimentando su pasión por la literatura, que lo llevó incluso a ser el ganador de un Concurso de Cuentos impulsado por SQM en el año 2003.*

*Actualmente vive en Antofagasta junto a su esposa Daniela y su pequeño hijo Lukas y sus escritores favoritos son Mario Benedetti y Roberto Bolaño.*



*Un amigo verdadero es alguien que cree en ti  
aunque tú hayas dejado de creer en ti mismo*

Cuando oímos que estaban pintando la oficina Pedro de Valdivia, hermoseando la plaza y sus alrededores, supimos inmediatamente que la guerra era inminente. Sabíamos por nuestros abuelos, padres y conocidos de mayor edad que cuando se hermoseaba una salitrera por parte de la administración, el cierre de la oficina era inevitable y por supuesto, ésta no era la excepción.

Nos abrazaba el inclemente sol del verano del 95' y los eleninos estábamos expectantes ya que el traslado de los pedrinos hacia nuestra oficina María Elena estaba cada vez más cerca. Todos coincidíamos en que debíamos mantener inalterable nuestro territorio, nuestra plaza y sobretodo nuestras mujeres, ¡Sí! ¡Nuestras!, aunque sólo fuéramos hombres de entre catorce y dieciocho años del Liceo A-4 de María Elena, bueno, en consecuencia no tan hombres, pero aún así

debíamos a toda costa impedir la invasión de nuestros enemigos y no dejarnos robar aquello que fue siempre nuestro.

Hacia mediados de enero los pedrinos comenzaron a ser trasladados a María Elena. Llegaban las madres y sus hijos en buses, mientras que los jefes de hogar lo hacían en camiones, en los cuales trasladaban sus muebles y cachivaches que en la pampa se acostumbraba tanto a acumular. En un inicio llegaron en pocas cantidades, casi sin notarse, sólo sus padres salían a realizar las compras, ellos se quedaban en sus casas, de vez en cuando se veía alguno observando tras la cortina. Se levantaban temprano para tomar el bus a Pedro de Valdivia, para asistir a su Liceo Politécnico que aún dictaba clases, pero sólo hasta fin de año, luego debía ser trasladado a María Elena también.

Esta rivalidad poseía bastantes años, pero se acrecentó luego del cierre de las oficinas de José Francisco Vergara y Coya Sur, que curiosamente estaban ubicadas geográficamente entremedio de estas dos, como separándolas pero a la vez uniéndolas, tal como si formaran una línea, de norte a sur, María, Coya, Vergara y Pedro, línea que prontamente se reduciría a un punto diminuto y mezquino. Así al no estar Coya y Vergara solo quedaban dos, María y Pedro, ella dando codazos por doquier para sobrevivir, él en el hoyo tempranamente desahuciado. No pensamos ni por un segundo discontinuar la tradición y dimos rienda suelta a nuestros planes para impedir su conquista, que estábamos seguros, deseaban con toda su alma.

El primero de los pedrinos en caer fue el Pacheco, quien tuvo la mala idea de pasar por la plaza. Lo agarró un grupo como de cinco eleninos comandados por la Yola –le decían así por el parecido innegable con la vieja Yola, dueña de uno de los ranchos con mayor tradición en María Elena, (los ranchos en la pampa son especies de cantinas en los cuales los hombres acuden a tomarse alguna cerveza y para eso éste era uno de los mejores), pero si ciertamente eran parecidos físicamente, más los igualaban por la insoportable manía de no ser muy adictos a las duchas (repugnante hábito)-. Le sacaron cresta y media a Pacheco, casi pierde el ojo, quedó a muy maltraer y lo tuvieron que trasladar con suma urgencia a Antofagasta.

El Yola era un rubio desteñido, con el verde del sur impregnado en sus ojos, no

era de contextura gruesa, más bien un tanto famélico y manos pequeñas como de panadero, pero aún así era bastante respetado, no tanto por ser la raja pa' los combos, sino porque era demasiado maletero, es decir, ataques por la espalda, te llamaba solo hacia una esquina, pero allá te estaban esperando cinco o seis giles más, botellazos o lo que hubiese a mano te lo podía lanzar, era mejor tenerlo del lado de uno, así te sentías quizás mayormente protegido y no tan amenazado y perseguido, aunque con la llegada del invasor, tuvimos que aunarnos como si toda la vida hubiésemos sido ejemplares hermanos, todos sin distinción, "Todos para eleninos y eleninos para todos", peligrosa consigna.

Luego de la paliza a Pacheco, los pedrinos comenzaron a reunirse y tomar cartas en el asunto, pues no estaban dispuestos a dejarse avasallar ni menos ser maltratados por unos pirujas como nosotros, -los pedrinos siempre se creyeron la creme de la creme, para ellos nosotros siempre estábamos por debajo de su nivel, aunque no tuvieran dónde caerse muertos, bueno nosotros tampoco, ya que ellos enterraban sus muertitos en el cementerio de la oficina Vergara y nosotros en el de Coya Sur, pero eso daba lo mismo para nuestra edad-, así se organizaron y decidieron tomar venganza. El primero de los nuestros en sufrir las consecuencias fue Guataca, lo golpearon harto al Guataquita, le quebraron la nariz, lo arrastraron por toda la parte trasera del teatro, quedaron las marcas de sangre en el suelo, por eso lo supimos ya que él no recordaba nada, nos contaron que lo había salvado el Nerón un perro amigo de todos en María, mezcla entre policial, siberiano y quiltreitor, o sea un poco de nada y un casi de todo. Quedó con sangre en el ojo Guataca y juró venganza y la tendría, aunque no idealmente como lo que hubiese querido, pero la tendría.

El Guataca era 2 años mayor que yo, pero éramos tan enfermamente partners que repitió dos veces segundo medio para esperarme. En ese tiempo fuimos Batman y Robin, uña y mugre, chancho y barro, nos decían los testículos y él agregaba el adjetivo "polarizados", ya que él era rubio y yo moreno.

De vez en cuando, en mis momentos de soledad, me preguntaba qué era la amistad, para qué servía, cuáles eran sus beneficios si sólo era un estado natural

incondicionado o la consecuencia futura de saber un terror invisible, tener la certeza que alguien conoce todo de ti y la incerteza de, en qué pueda resultar. Es difícil discriminar, sin embargo, el miedo es un estado bastante subestimado por el hombre y relegado casi exclusivamente al género femenino, por lo tanto, borraba rápidamente esas preguntas de mi mente y dejaba que la vida siguiera su curso natural inmediato.

El Guataca había vivido parte de su infancia en Tocopilla, no tuvo una vida fácil, su padre lo abandonó, bueno en realidad ni siquiera lo conoció sino hasta los 13 años, el viejo lo visitó un nublado día de junio, con suerte alcanzó a saludarlo, ya que el Guataca lo hizo entrar a la casa, lo dejó en el living y se metió al baño, al salir traía en su mano un condón, el cual contenía en su interior gran cantidad de su esperma, se lo dio y le dijo: "toma, ya no te debo nada" y luego lo echó. Por otra parte, su madre no pasaba mucho tiempo en casa, ya que tenía que trabajar, así la calle suplía esa ausencia y, por lo mismo, decidió enviarlo donde unos tíos en María Elena.

Tengo intacto el recuerdo de la primera vez que lo vi, fue en la cancha de baby fútbol en las cuarenta casas, -una villa que se edificó en honor a Henry Suhr, querido químico inglés que vivió en María-, ahí lo vi, con bastante suerte me llegaba al hombro, tenía mechadas tiesas un tanto doradas, él decía rubias, pero más bien estaban quemadas por la sal marina y el poco enjuague al llegar a casa. Ostentaba una gran nariz afilada, párpados hundidos y cuadrado mentón, las piernas un tanto arqueadas y poderosa espalda. Antes de lograr entablar una conversación, lo vi pelear. Mientras calentábamos, un desafortunado muchacho del equipo antagonista le da el tremendo pelotazo en la cara sin intención, el cual le bastó para quedar con ojo en tinta y unos cuantos rasmillones en la cara. Me dejó impresionado su rapidez para derribar a alguien que casi doblaba su estatura, era ágil y violento, deslenguado y macanudo, en ese mismo instante decidí que tenía que conocerlo y de inmediato le estiré la mano –Lukas le dije, "Guataca" me respondió –ese sería el inicio de nuestra maravillosa amistad.

Llegaron las vacaciones de invierno y entre marzo y junio habían arribado los



pedrinos en gran número y por supuesto con ellos, “ellas”, las Pedrinas y ahí sí que nos maravillamos.

Los fines de semana y las vacaciones de invierno eran de tomateras monumentales, eso nos daba la personalidad necesaria para salir a cazar doncellas Pedrinas, que dicho sea de paso era lo mejor que traían los “Dalepe” –así les decíamos a los pedrinos por un himno sin asunto que tenían, que en parte del coro decía... dalepe, dalepe, dale Pedro, dalepe... canción en realidad de muy bajo perfil-. Ellas se instalaban fuera de una discoteque improvisada que se realizaba en la sede del Sindicato #3 de Trabajadores los fines de semana.

Las Pedrinas eran diferentes, eran coquetas, sensuales, provocadoras o quizás eso pensábamos, arrastrados por el hecho de ver las mismas minas durante dieciséis o diecisiete años. Mi padre siempre decía que aburría comer porotos todos los días y yo se lo transmitía a mis amigos, por eso tratábamos de tener una minita distinta todos los fines de semana.

Los pedrinos no concurrían demasiado a lugares públicos, ellos preferían ir a tomar “al hoyo, en la pampa”, preferían aislarse. Eso hasta que supieron que la mina del Petete, jefe de los Dalepe, se lo cagaba con el Guataca. Vania se llamaba, mina espectacular con una vista trasera que evocaba un corazoncito deletreablemente comestible, poseía enormes ojos color miel y boca tan roja como el pimiento de la papa cuando florece.

Ahí el asunto de las riñas se puso de un color bastante oscuro y el ambiente se tornó cada vez más denso en la oficina, el polvo habitual que salía en la noche ayudaba considerablemente a crear una atmósfera de vendetta y traiciones amorosas. Los pedrinos comenzaron a aparecer en las discos, el mercado, la plaza, los eventos sociales, bastaba un cruce de miradas para montar una batalla campal, corría sangre. Ese amorío del famosito Guataca fue el inicio del fin.

El Petete, no dejaría pasar tal humillación e hizo pública su venganza, aunque no fijó fecha.

Así llegó el estivo del 96’ y comenzaron las olimpiadas de verano. Siempre fuimos cuatro alianzas, estaban los “Lote al Lote”, los “Perikos”, los “Jokies” y

nosotros los “Pupa Pupa”, pero ese año sería distinto, se unirían a las olimpiadas los “Dalepe” que ya después de un año estaban a dotación completa, ahí quedaría la crema nuevamente. Todos los días discusiones, cánticos hirientes de los cuatro grupos eleninos contra los pedrinos, les gritaban cosas como, los sin pueblo, los allegados, los sin tierra. Los niveles de discusión traspasaba las edades, señoras, veteranos, niños, todos enriados en la misma causa, unos ganar terreno, otro mantenerlo. Los fines de semana, luego de las competencias en las olimpiadas, la ruta a seguir era la disco en el sindicato, lugar que se tornaba preciso para desquites y ajustes de cuentas.

La noche del 24 de enero del año 96’, el Petete, el mandamás de los pedrinos, el ex de la Vania, ahora pareja del Guataca, comenzó a reunir hombres dentro de la disco con intenciones peligrosas. Nosotros lo advertimos y fuimos a nuestras casas para cargarnos con algo, por si fuese necesario. Luego de quince minutos nos reunimos en la casa del chino Araya, desde donde Guataca extrajo una navaja y la escondió debajo de la polera en la espalda, así nos dirigimos nuevamente al sindicato, en ese momento ya con el ambiente sumamente denso y con gran nerviosismo por lo que deducíamos podía venir. Entramos y nos dirigimos de inmediato al baño, habíamos logrado pasar una botella de Coñac Tres Palos y una de Ron Silver, eso nos ayudaría a sentir los golpes con menor intensidad; nos reunimos varios eleninos para preparar la defensa o bien el ataque, lo que primero se diera, estábamos todos predispuestos a dejar las bolas si era necesario, nada nos detendría para ganar la batalla final en la que haríamos prevalecer la condición de locales y quedar como auténticos dueños de María Elena.

Salimos del baño y no vimos al Petete por ningún lado, nos interiorizamos en el centro de la pista y nada, la rodeamos y tampoco, preguntamos, nadie sabía nada, nadie los vio irse. Con la adrenalina erosionando nuestras manos y piernas salimos raudos del sindicato debíamos encontrarlos cuanto antes, nos preocupaba el hecho de que esperaran a uno de los nuestros camino a casa y nos hicieran una emboscada. Decidimos ir a esperar nosotros al Petete, una cuadra antes de llegar a su casa, lo esperamos en las cocinas –así se le llama a la parte trasera de las casas,

algo así como un patio común, abierto de esquina a esquina- y con un copete le hicimos guardia. No pasó mucho tiempo cuando oímos unos pasos y supimos que era él, venía solo y un tanto empipa'ó, lo abordamos fugazmente, debe haber visto sólo una sombra que se abalanzaba sobre él, le comenzamos a dar como bombo de tirana, le estábamos dando con todo lo que teníamos, la calle estaba oscura y la noche silenciosa, los quejidos y gritos de auxilio retumbaban como cañones, nadie salió, no hubo mirones, absolutamente nada, solo un poste con una tenue luz que intentaba alumbrar desde la esquina fue testigo de los hechos. Mientras lo golpeábamos logré divisar en el suelo una navaja, observo rápidamente la espalda de Guataca y no la tenía, entonces la tomo y me reintegro a la golpiza. De un instante a otro todo fue silencio, la calle parecía pasillo de cementerio, todos paralizados y rígidos, la camanchaca y el polvo de los molinos se hacían cómplices de la escena, de pronto el sonido de un vehículo, por sus cuatro focos delanteros advertimos que era la Juanita –el carro policial-, corrimos, corrimos, corrimos como nunca antes, cada uno a sus respectivas casas con el poto en la mano y el corazón en la garganta.

No salimos en todo el día, solo nos juntamos en la noche un rato a prepararnos para lo que venía y obviamente para confabular.

Al día siguiente apareció la Juanita en mi casa, en ella dos carabineros venían con una orden de detención, les pedí que me dejaran entrar a la casa a buscar algo de abrigo, entré al baño, me mojé la cara y me miré al espejo, fijo e inmutable, salí del baño y comencé a sudar, el corazón me acribillaba la sien. Abren la puerta trasera y lo primero que veo es al Guataca, me mira y me regala una forzada sonrisa, durante el recorrido fueron subiendo los demás. No hablamos en todo el trayecto para no desconcentrarnos, la frialdad, habíamos deducido en la noche anterior, era clave. Así de a uno declaramos y la investigación arrojó un resultado.

### *Considerando*

**Primero:** Que, a fs. 102 se acusó a Mauricio Alfonso Castro Pozo, alias el Guataca, como autor del delito del homicidio en la persona de Luis Alberto Díaz Cornejo Pozo, alias el Petete, hecho ocurrido en la ciudad de María Elena el día 24 de enero de 1996 y en orden a acreditar el referido delito se han reunido en autos los siguientes elementos de convicción.

a) Parte policial de fs. 1 que pone a disposición de este juzgado en calidad de detenidos a Juan Cristian Hurtado Pérez, Guido Alejandro Ledezma Bugueño, Alejandro Javier Araya Arancibia, Pedro Antonio Alfaro Tapia, Mauricio Alfonso Castro Pozo, Mauricio Javier Arévalos Rivera y Lukas Marino Ramos Sandoval, por cuanto al salir desde una discoteque que se realizaba en la sede del Sindicato de Trabajadores #3, alrededor de las 02:15 de la madrugada los cuatro primeros detenidos fueron seguidos por una turba compuesta por más menos 7 individuos, los que procedieron a lanzarles piedras y amenazarlos con cadenas y armas blancas, luego interceptaron también, sorpresivamente, a los tres últimos detenidos iniciándose un intercambio de golpes y carreras por alejarse del lugar. Se agrega que en Avenida Prat frente al kiosko Puly se produjo un violento intercambio de golpes entre ambos bandos, resultando lesionado grave Luis Alberto Díaz Cornejo, alias El Petete, quien resultó con “herida penetrante en la nalga izquierda”, de carácter grave falleciendo en el mismo centro asistencial al momento de prestársele atención médica.

b) Declaración de Juan Cristian Hurtado Pérez, quien señala que aproximadamente a las 2:30 de la mañana en circunstancias que se encontraba fuera de la discoteque, vio a sus amigos salir de ésta, éstos le avisan que los venían persiguiendo para pegarles y corrió con ellos, argumenta que los individuos que los seguían iban con piedras y cadenas, trató de ayudar a sus amigos, pero al ser tantos los otros, decidió huir, agrega que ya en su domicilio se enteró que alguien resultó herido, aunque señala no haber visto nada.

c) Declaración de Alejandro Javier Araya Arancibia, quien expone que en-

contrándose en el interior del Sindicato #3, junto con su amigo Mauricio Castro Pozo, apodado el Guataca, se le acercó Guido Alejandro Ledezma Bugueño, señalándoles que el Petete y su grupo planeaban atacarlo, momento en que el Guataca aprovecha para salir de la discoteque y regresar más tarde con una navaja en la espalda. Agrega que se retira del Sindicato junto a sus amigos, siendo interceptados por un grupo aproximado de diez personas, las que portaban cadenas y cuchillos, por lo que arrancó del lugar. Finaliza señalando que estando ya en su casa, llegó hasta allí el Guataca, quien le dijo que posiblemente le había pegado “un corte” a una persona.

d) Declaración de Pedro Antonio Alfaro Tapia, quien expone que en circunstancias en que se encontraba en la discoteque de Sindicato #3 se le acercó el Guataca, quien le dijo que al parecer iba a haber una riña y que él tenía una cuchilla, ya que el Petete y sus amigos portaban cadenas y palos. Agrega que una vez fuera del Sindicato arrancó junto a sus amigos, siendo perseguido por una turba de más menos quince personas. Señala además que al correr, en una de las cuadras vio al occiso, el cual portaba una cadena y un cuchillo. Agrega que no vio cuando el occiso era agredido, limitándose solo a correr.

e) Declaración de Mauricio Alfonso Castro Pozo, quien expone que en circunstancias en que se encontraba en la discoteque del Sindicato #3, Guido Ledezma le advirtió que tuviera cuidado, pues el grupo del Petete le quería pegar. Agrega que ante la advertencia salió de la sede junto a su amigo Alejandro Araya, dirigiéndose a la casa de éste, para buscar algo con que cargarse. Añade que saca una navaja desde la casa de Alejandro Araya y la guarda entre sus ropas detrás de la espalda. Continúa expresando que frente al kiosko Puly ve a sus amigos en una violenta riña y decide ayudarlos, pero los rivales eran demasiados, aproximadamente veinte personas. Agrega que sin darse cuenta, todos sus amigos habían huido y él, al verse solo frente a esta turba de individuos, de su espalda sacó la navaja y comenzó a defenderse, tirando cortes al aire para todos lados, finalmente comenta que es posible que le haya dado al occiso.

Así, penosamente todos declaramos, pero la coincidencia fue nula y finalmente

lo que nos lapidó fue el informe de autopsia y del médico, que ratificó tal informe (y, además, sin tener ninguna versión de los pedrinos, ya que no hubo ninguno de ellos en los sucesos).

El parte médico indicaba lo siguiente:

f) Declaración del doctor Raúl Antonio Valenzuela Zárate, médico cirujano, quien ratificó el informe de autopsia que rola en autos y agrega que en relación a las múltiples equimosis, hematomas y heridas erosivas en el tronco del occiso, se presentan de doce a quince y se encuentran ubicadas en el abdomen, espalda, muslos y cuello, los hematomas son superficiales producto de los golpes recibidos pre-mortem y también se encuentran ubicados en la pared abdominal. Indica en su declaración que en cuanto a la lesión que provocó la muerte, se encuentra ubicada en una región difícilmente ubicada por el frente, por lo que debe haber sido propinada por un costado o por detrás; de abajo a arriba y de izquierda a derecha. Termina señalando que la lesión pudo haber sido provocada estando el occiso en posición vertical u horizontal y que la impresión emanada correctamente del informe de autopsia es que las lesiones son todas del mismo momento.

Los resultados de la investigación, apoyadas por las declaraciones del médico, de la policía, la autopsia practicada y la incongruencia de nuestras declaraciones dio paso a la sentencia. La noche anterior nos habíamos puesto de acuerdo para homogeneizar nuestros relatos, pero la densa escena de estar en una audiencia donde la transpiración hace ríos y los nervios se comen la razón nos confundimos todos y eso nos jugó en contra, pero ya las cartas estaban echadas y Guataca fue el nominado para el sacrificio. ¿Por qué él? No lo sé, no está clara la génesis de ésta decisión, creo que jamás lo podré explicar, quizás la conveniencia personal está siempre acompañada de una pérdida de memoria intencional, así todo lo que no te conviene, decir o recordar lo esfumas y eso se va contigo hasta la tumba, a cosa de traiciones sin importar a quien.

Volví a mí la extraña idea de la amistad.

Guataca fue condenado y paradójicamente enviado a la cárcel de Tocopilla, a ese puerto pobre donde había vivido su infancia. Allí en la cárcel se encontró con

los mismos piojos que solía tener por amigos, algunos presos por robo, otros por asalto, otra por riña y lesiones y un par por asesinato. Esto me lo contaba una vecina que iba a ver a un nieto que estaba preso y ahí él contaba detalles sobre el Guataca, decía que éste no hablaba con nadie, que se la pasaba escribiendo poesía y cantando tangos, de esos de infidelidades, traiciones y bocanas. Le contaba que solo hablaba con alguien cuando pasaban la lista y que luego se quedaba cual velorio de mudos.

Todos los que quedábamos impunes, nos pusimos de acuerdo para no ir a verlo nunca y así no despertar sospechas, que estupidez más grande. Personalmente di la idea y todos aceptaron.

Después del asesinato del Petete las cosas cambiaron radicalmente. Carabineros comenzó con rondas exhaustivas y agobiantes para nosotros, fuimos marcados por una valla imaginaria, la cual se fue transformando en el miedo de salir, de pelear, la adrenalina se trocó en angustia y el odio a los pedrinos en nada, luego esa nada en saludos de reojos, más tarde en conversaciones y finalmente en amistad.

Comenzamos a intercambiar palabras con algunos de ellos y sin darnos cuenta, tiempo después a compartir. Para sorpresa nuestra nos resultaron conocidos, semejantes, hasta compatibles. Nos fuimos enterando de lo similar de nuestro pensamiento, de nuestros sueños, la forma de percibir la vida. Comenzamos a simpatizar y a dialogar sobre esa raza pampina, tan forjada, tan sufrida, tan única que nos pertenecía a todos por igual, que ese desierto habitualmente adornado por tenaces remolinos a los cuales cuando niños no internábamos felices, nos eran transversales.

Alguien dijo por ahí que todas las felicidades cuestan muertos, en este caso, costó un muerto y un hermano privado de su libertad. Aunque suene duro, estos hechos nos hicieron madurar las neuronas, quizás no felices pero llevaderos, más aún cuando nos contaron que esa noche el Petete había decidido dar corte final a la agresión y la disputa, estaba confiado en llegar a buen puerto tras el diálogo, quería la amistad y la conveniencia; entonces propuso hacerlo lúcido, por tanto indujo a sus amigos a la retirada.

Cuando terminaron de contarnos, daba la impresión que nuestras venas habían sido estranguladas, era como si el flujo sanguíneo se hubiese detenido de golpe. Como un acto reflejo nuestras miradas se buscaron y callamos, como siempre. Luego de pasado el terremoto corporal y el holocausto concienzudo, en nombre del asesino juramos que nunca más.

Así comenzamos a asistir a la fiesta anual de los pedrinos, esa fiesta maravillosa que se realiza el primer domingo de junio de cada año, allí recorren sus calles, limpian sus casas, las adornan rememorando sus vidas, sus juegos, sus costumbres, sus años de gloria, ahí con una Pilsen bien helada y junto a la parrilla con su buen asado dialogamos como hermanos y hasta filosofamos que la diferencia Pedrino-Elenino ya no cuenta más, que nuestro gentilicio debe ser pampino, asumimos la vida todos como salitreros que somos, dueños de una tremenda historia, dueños de la pampa, de las calicheras cerradas, dueños del sol insufrible y el frío insaciable, dueños de la última oficina salitrera del mundo, dueños de María Elena.

Tuvieron que pasar cinco años para que fuera a ver al Guataca. Antes de ir, le envié una carta disculpándome, avisándole y sobre todo preparándolo para lo que vería.

Llegó el domingo, día de visita. Antes de entrar había un espejo, me mojé la cara y me miré en él, fijo, inmutable, nuevamente el sudor como aquella vez en la Juanita. Ingreso y lo observo a la distancia, la misma sonrisa forzada. Avanzo con mi esposa, la Vania (sí, la misma Vania) y mi hijo de cuatro años, me miró y me guiño un ojo para que me acercara a su lado. En cuanto nos abrazamos, de sus ojos hundidos brotaron lágrimas y su pecho hacía fuertes contorsiones, así como cuando lloran los niños desconsoladamente. Lloró y lloró tanto, no por lo mío con la Vania y nuestro hijo, sino que lloró por los años sin vernos, por el tiempo sin chocar las manos, sin burlarnos uno del otro, por el tiempo de no golpearnos, de no comentar el último libro, de no cantar, de escribir la misma poesía a dúo y entregárselas a nuestras pololas de turno sin que ellas se percatasen del fraude literario.

En realidad, conversamos poco ese día con el Guataca, aunque analicé bastante.



Durante la visita, le entregué unos cartones de cigarros y unas bolsas de mate, las que guardó bajo su chaqueta. Al observarlo, me pareció que el encierro había detenido su vida, su reloj, aunque estaba bastante delgado, su razonamiento era el mismo de cinco años atrás, su visión del mundo, de la vida intacta, cristalizada. De lo poco que hablamos durante la visita y antes de irme, lo que con mayor énfasis preguntó fue: "¿seguimos siendo los dueños de María?" Yo con la conciencia bloqueada y oculta en los recovecos más profundos de mi memoria le respondí: "sí hermano, aún lo somos".



3° Mención Honrosa  
**WILKINSON**  
*Patricio Patrickson Parada*

*Patricio Patrickson Parada, nació en Iquique en 1936. Ingeniero Civil Electricista de la Universidad de Chile, ha trabajado en la planificación, estudio, desarrollo y dirección de proyectos de energía eléctrica y desarrollo de establecimientos mineros en el norte de Chile. Magíster en Humanidades con mención en literatura en la Universidad Adolfo Ibáñez, este amante de la literatura y de la pampa salitrera ha participado en talleres literarios de Ana María Güiraldes, Marta Blanco, Fernando Emmerich, Ana María del Río, Jaime Collyer y los poetas Floridor Pérez y Raúl Zurita, recibiendo importantes distinciones y premios en concursos literarios de narrativa.*

*Casado y padre de tres hijos, Patricio actualmente está radicado en Santiago y retirado del ejercicio profesional de ingeniero, lo que le permite dedicar su tiempo al estudio, la lectura y la creación literaria, su gran pasión.*



*"Vine a COMALA porque me dijeron que acá vivía mi padre, un tal Pedro Páramo. Mi madre me lo dijo. Y yo le prometí que vendría a verlo en cuanto ella muriera".*

**Juan Rulfo. "Pedro Páramo". 1953**

*I.*

El sol de la pampa salitrera quema la piel y le confiere un color oscuro. Si la persona tiene tez clara, con los años termina adquiriendo un color moreno intenso, que parece hereditario. Se habla entonces de un negro pampino, término un tanto despectivo cargado de amplias y vagas connotaciones raciales y sociales.

A la pampa ha llegado gente de todas partes del país, y no es posible hablar de un tipo racial uniforme. Sin embargo, todos comparten algunas características: hablan muy rápido y cuesta entender lo que dicen cuando se los escucha por

primera vez; sus mujeres son vivaces, bien conformadas. Mi tío (seductor incorregible), describía a las mujeres jóvenes como bellezas morenas, con pechos llenos y redondos, con pezones túrgidos de color chocolates. El vejete aseguraba que son apasionadas y buenas amantes.

En la pampa no es frecuente ver gente de pueblo de tez blanca, rubia, de ojos azules. Cuando me encuentro con alguien me encuentro con alguien así, me acuerdo de Thomas John Wilkinson (el gringo Wilkinson), que dejó sus huesos (y algo más) en algún lugar perdido de esas vastas soledades.

## *II.*

El día en que el gringo Wilkinson murió por un derrumbe en la mina en que estaba buscando oro, las mujeres del pueblo entristecieron; muchas lloraron y sollozaron toda la noche. Los hombres guardaron silencio. Apreciaban a Wilkinson, a quien consideraban una persona extraña.

El que las mujeres estuviesen tan apenadas no lo entendían mucho. ¿Qué gracia le encontraban al tipo ese? Tal vez fuese reflejo de la sumisión del mestizo frente al europeo. Seguro que les fascinaba su piel rubicunda y el expresivo azul acerado de sus pupilas. Lo encontraban buen mozo. ¿Qué más? Nada, era una persona como todo el mundo. ¿Su muerte trágica? No tenía nada de especial. También ellos morían de esa forma. Es el destino de los pirquineros, mineros que trabajan solos en las minas.

¿Y si había algo más? Corrían los rumores... Tal vez habría que averiguarlo. Pero no acostumbraban hablar, así que no hicieron preguntas... al principio. Las mujeres por su parte, solo conversaban entre ellas. Las largas ausencias de sus maridos las había habituado a una soledad permanente. Los sabían recorriendo el desierto, en vano intento de recordar la ubicación de aquel yacimiento fabuloso, revelado en la intimidad misteriosa de algún sueño inconcluso, estimulado quizás, por alguna borrachera irresponsable; otras veces se los encontraba en el interior de minas

olvidadas, practicando inmersiones oscuras a lo largo de túneles interminables; siempre tras la búsqueda de algún filón elusivo que había escapado al ojo experto de aquellos, que ya las habían desprovisto de toda traza mineral.

El gringo había cambiado ese escenario. Se había dedicado a explorar la mina de oro abandonada a la salida del pueblo, de modo que se le veía todos los días.

De hecho, era el hombre visible del pueblo.

Se convirtió entonces en un referente obligado. Al principio con timidez curiosa, más tarde con confianza y abandono, las mujeres lo transformaron en virtual sustituto del marido ausente. A él pareció no importarle. Por lo demás, le resultó cómodo. Como acostumbraba emborracharse en las tardes, se habituó a dormir en cualquier casa en donde fuese recibido. Al principio las mujeres lo acogían por compasión: con frecuencia se tendía a dormir en la calle polvorienta, a medio camino de llegar a su covacha, ubicada a las afueras del pueblo (una vez cogió una pulmonía y por poco se muere).

Así se enteraron que era de carácter afectuoso, que tenía mucha experiencia de la vida y que ésta no le había sido fácil; ello les despertó sentimientos maternos. Luego descubrieron que bajo una apariencia exterior fría se escondía una persona sensible y sentimental, conocedora del alma femenina; empezaron a mirarlo con interés. Finalmente, hicieron el descubrimiento capital: el gringo tenía una gran capacidad amorosa.

Sorprendidas por dedos intrusos, descubrieron en sus cuerpos morenos, vetas de insospechada sensualidad. Aquellas manos que asían con fuerza el pico y la pala, y que siendo un chuzo de acero podían fragmentar el pedernal más duro con un solo y certero golpe, podían ignorar la aspereza de sus callos y acariciar pezones con la delicadeza de un concertista ante las teclas de un piano bien afinado. Nada escapaba a la inquisitoria de su nariz recta y sensible, hurgadora de espacios reservados, portadora de un sentido agudo e infalible que certificaba sin error el preciso momento en que la mujer abría su intimidad con júbilo y gratitud. Y cuando sus dedos estaban demasiado ásperos por haber sido exigidos en

exceso en la búsqueda de aquel filón engañoso y escurridizo, sus labios y lengua eran capaces de sustituirlos con toda propiedad.

A partir de ese momento su figura y rol quedaron consolidados. Las mujeres se sintieron dignificadas y acogidas en un rol superior. Dejaron de sentirse sólo objetos de uso ocasional por sus maridos; una suerte de vertedero de humores agrios acumulados tras largas y extenuantes horas de laboreo minero. Sintieron que podían ser algo más que eso. De haber tenido acceso a niveles de mayor ilusión y fantasía, sus almas sencillas y rústicas se habrían imaginado parecidas a un buzón que recibe cartas de enamorados; o algo parecido.

Sobre esto jamás se habló.

Las mujeres, por acuerdo instintivo y tácito, compartieron este descubrimiento y lo guardaron en lo más profundo de sus corazones. Su muerte entonces, rompió un verdadero encantamiento prodigado sobre sus vidas incoloras y rutinarias. Habían atisbado un mundo de caricias y tibiezas desconocidas, que ahora volvería a ser gris y frío.

Cada una guardaba un secreto, convertido ahora en tesoro.

### *III.*

La noche del día en que murió el gringo, una mujer, insomne en su cama, suspiraba llorosa, hundido el rostro en la almohada de su cama. A su lado berreaba la guagua de pocos días.

Impulsada por un súbito temor, encendió la luz y confirmó lo que había verificado una y mil veces: "Se parece a mí no más".

En la tarde de ese mismo día, su marido bajaba del cerro arreando una mula minera. Estaba de pésimo humor. Hacía ya un mes que había estado trabajando sin éxito en aquel pique sobre el que oyera hablar en voz baja, en la cantina de un poblado vecino, a un par de pirquineros viejos. Los hombres parecían haber encontrado un filón oculto, y se proponían volver a trabajarlo al mes siguiente,



después de descansar unos días. Él se les había adelantado, tratando de arrebatar el tesoro a la mina. Pero ésta se negó a entregarlo, y sólo logró cargar su mula con piedras de escaso valor.

En su mente traía una duda corrosiva. En aquella cantina dos borrachos lo habían mirado en forma extraña, y le habían preguntado, con sorna no disimulada, si el gringo iba a ser el padrino de su recién nacido hijo. No dijeron nada más, pero a él se le clavó una angustiada duda en el cerebro. Poco a poco, empezó a articular un cuadro de la situación. Efectivamente, circulaban rumores acerca de las andanzas del gringo entre las mujeres del pueblo. Eran meras especulaciones, pues ellas parecían no hacerle caso y seguir como antes, dedicadas a sus casas y cuidado de los críos. ¿Cómo saber la verdad? Por su puesto, su mujer jamás le diría lo que hubiese ocurrido. Si es que hubiese ocurrido algo. ¿Y la guagua? Era igual a su madre. Cosa curiosa, no se parecía a nadie más. ¿Y si hablaba con Wilkinson, de hombre a hombre? En forma instintiva, su mano se apoyó en la faja de su cintura, palpando y acariciando el mango de su cuchillo de riñas. Era un hombre apasionado y violento.

Una luz rojiza impregnaba la tarde, derramada por un sol que se desangraba herido de muerte por la noche implacable, que lo empujaba a su tumba habitual bajo el horizonte. El hombre se sentía caer igual que el sol, pero sin una razón clara. Solo tenía intuiciones y le parecía escuchar presagios oscuros, repetidos por el eco de los cerros.

Por fin llegó al pueblo. Ya era medianoche sin luna. Entró a su vivienda. Al verlo, su mujer se sobresaltó. No esperaba que llegase esa noche. Notó que estaba llorando.

-¿Qué te pasa?

-Murió el gringo.

-¿Y qué? ¿Lo sientes mucho?

-... ..

La confesión que extrajo de su mujer poco después, confirmó sus sospechas más temidas. Luego, al dar rienda suelta a su incontenible cólera y despecho,

gritos de dolor salieron de su morada y atravesaron el pueblo.

Sin embargo, ese no fue el único incidente hogareño dentro del pueblo. Gritos y llantos similares se oyeron escapar de las otras viviendas en las noches que siguieron. Pareció ser el ajuste de cuentas conyugales con que algunos de los maridos engañados, intentaron recuperar algo de su menoscabada dignidad.

Más tarde, el pueblo recuperó su silencio y monotonía gris de siempre, y nunca se oyó comentario alguno o explicación de lo ocurrido durante esas noches. Tampoco se escuchó hablar más del gringo Wilkinson. La mina de oro pasó a ser fábula, y después mito.

#### IV.

Después de desayunar, el forastero revisó la carga y aperos de sus dos mulas, y se dispuso a emprender la marcha. Armado con pala, pico y otros implementos afines, parecía un aventurero en busca del encuentro que cambiaría su fortuna para siempre. Alto, joven y bien conformado, inspiraba respeto. Nunca antes se lo había visto por el lugar; pero parecía tener referencias precisas acerca de la ubicación de su punto de destino.

Un pirquinero viejo, jinete de una mula, se le unió con gesto amistoso dispuesto a compartir parte de la ruta. Además, sentía curiosidad por conocer el objetivo que perseguía el forastero al aventurarse en esas soledades.

Éste lo miró con rostro inexpresivo y pareció no incomodarse por la compañía. Por lo demás, la soledad del desierto despierta en los hombres que lo cruzan, algo así como un sentimiento de fraternidad difusa, que los induce a compartir su compañía en aquellos encuentros ocasionales. Todos saben que las amistades que allí nacen, mueren al separarse y seguir cada cual su camino.

El viejo vivía en el pueblo que dejaban a sus espaldas y parecía ser hijo de la tierra y el viento del lugar. Tenía el rostro terroso y amarillo, con la piel resquebrajada. Sus ojos grises parecían hundidos en órbitas profundas; desde ellas salían a

veces destellos vivaces, no desprovistos de cierta malicia, que cruzaban los hilos de plata de su cabello rebelde. Inspiraba simpatía, y de seguro tendría muchas historias para contar.

Presintiendo que su acompañante era hombre de pocas palabras, decidió iniciar la charla.

-¡Así es que quiere ir al pueblo abandonado! Hace mucho tiempo que nadie se asoma por allí. Dicen que es un pueblo maldito. Aunque yo no creo en maldiciones. A la gente le encanta inventar historias; mientras más peludas, mejor. Tal vez se trata de un lugar que tuvo mala suerte no más. Porque claro, el que se haya acabado todo el oro y caliche que había, y que por ello el pueblo se haya arruinado, es malo; pero eso ocurrió en muchos pueblos salitreros de estos lados. Algún día tenía que acabarse el mineral. Mi taita decía que los alemanes inventaron fábricas de salitre en Alemania, y que eso ayudó a que nos hundiéramos. Yo no entiendo mucho de eso. La cosa es que la gente se quedó sin pega y los que no se fueron a las grandes minas de cobre se dedicaron a pirquineros. Cosas de la vida del minero. Porque nadie quería regresar al sur. Siempre ha sido así, los que se vinieron del sur prefieren morir aquí. Usted pensará que eso es un poco tonto, pero así es la cosa aquí.

El forastero no pareció inmutarse. El viejo continuó, sin mirarlo, hablando en voz alta; como si estuviese solo:

-Poco a poco la gente se fue yendo. Fue en tiempos de mi taita. Las primeras en irse fueron las putas. Porque si no hay plata no hay negocio, ¿no le parece? Y cuando en un pueblo no hay putas es que la cosa está muy mala, ya no hay nada que hacer. Es un pueblo que se está muriendo sin remedio. Y así fue. La última puta en irse fue la Rosario, que ya estaba un tanto vieja. Le decían Rosario porque cuando un cliente se servía y después salía con que no tenía plata, la vieja lo puteaba con un rosario de insultos y garabatos más fuertes que los de un minero de pelo en pecho, o marinero de puerto. Y si el huevón no era muy grande hasta de chuleta se iba. Así era en esos tiempos.

-... ..

El viejo miró a su acompañante intentando detectar su reacción ante la historia, pero este mantuvo el tranco de su cabalgadura, sin manifestar reacción alguna. El viejo intentó detallar un poco más en su relato:

-Cuando se fueron las putas todos quedaron muy tristes. Fíjese que hasta el cura, que las había amenazado con castigos del infierno, quedó apenado. Mi taita decía que al final el cura se había hecho amigo de las putas, y estas lo atendían a domicilio, cuando el pobre ya no se aguantaba más. Porque al final, los curas son también hombres ¿no le parece? Y lo atendían a domicilio, para evitarle que se encontrara con el predicador de los canutos, con quien no se llevaba nada de bien, pues el muy fresco se lo pasaba donde las niñas. El predicador tenía mucha labia, las trataba de hermanas y les decía que su misión en la tierra era salvarles el alma. Como no era fácil sacarles plata, alegaba que la limosna y caridad también se podían hacer con el cuerpo, y que para Dios todos los sacrificios tenían valor, y él como su representante local podía recibir todo lo que ofreciesen a Dios. De esta manera, el muy pillo siempre estaba fresco como lechuga, atendido gratis por las niñas. Para callado se reía del cura porque no hacía lo mismo; aunque tal vez los dos eran igualitos. Así eran esos tiempos.

Viendo que su acompañante no daba señales ni aprobatorias ni condenatorias frente a estos sucesos, el viejo imaginó que refiriendo otras historias tal vez este manifestase alguna reacción, porque de seguro no era sordo ni se lo veía molesto.

-Pero después, todo fue cambiando. Luego, de un año para otro empezaron a morirse todos los que allí vivían. Algo de maldición tenía que haber habido. Al final, sólo quedaron los muertos, enterrados en el cementerio...

Imperturbable, esta vez el forastero lo miró. El viejo continuó, sin saber si acaso era escuchado sólo por cortesía:

-La gente de ese pueblo tenía costumbres extrañas. ¿Creería usted que enterraban a sus muertos desnudos, sin ropa? Curioso, ¿verdad? Y aquí nunca se supo bien porqué. ...Algunos decían que era para que cuando alguien los viese pensando,

notara de que eran finados, y que debían dejarlos vagar en paz.

Tratando de medir el efecto de sus palabras, hizo una nueva pausa y miró a su acompañante. Este no pareció experimentar emoción alguna. Continuó:

-Aquí los muertos penan señor, yo en eso creo. Usted va a ver cuando vaya al cementerio del pueblo: encontrará fosas con los huesos fuera de ellas. Esos son de los finados que penan. Les gusta dejar los huesos fuera de la tumba. Da mucho miedo verlos cuando se mueven en la noche... Pero otros decían que los enterraban desnudos para evitar que alguien saqueara las sepulturas. Aquí los violadores de tumbas buscan joyas, o algún par de zapatos, porque en estos lugares los zapatos no duran nada. En cambio, a nadie le interesan los huesos pelados ¿No le parece? Sí señor, así es la cosa aquí.

El forastero lo miró como si estuviese imaginado lo que acababa de escuchar. Parecía estar interesado en el relato, aunque algo le hizo pensar al viejo que nada de lo que había dicho lo había sorprendido. Decidió continuar.

-El lugar tiene su historia. Parece que los indios explotaban una mina de oro, que abandonaron cuando llegaron los españoles. Muchos años después vinieron unas personas, ubicaron la mina y se pusieron a trabajar en ella. Al principio les fue bien, y levantaron el pueblo que ahora está abandonado. Nunca fue muy grande, porque como usted verá allí no hay nada; es un peladero en que no crece nada. Hasta el agua hay que llevarla en camión desde donde usted alojó anoche. Pero la gente se mantenía con la mina y después con el salitre que encontraron por estos lados. Eso duró un tiempo. Pero el mineral se fue agotando, y al final en el pueblo sólo quedaron unos pocos: los de la idea de enterrar a los muertos desnudos. Así que un día abrieron la tumba, y les sacaron la ropa a los finados que había en ellas. Pero no crea que se robaron las cosas señor. No, ellos eran muy honrados y prendieron fuego a todo lo que sacaron. Pero antes las rociaron con agua bendita que le pidieron al cura de aquí.

Durante un trecho, los hombres continuaron su marcha, en silencio, absortos en sus pensamientos. Empequeñecidos por la infinita extensión del desierto, igualado

su color con el de su entorno amarillo sucio; parecían ser terrones calichosos en lento movimiento. Cómplice del sol, una brisa suave y fresca disimulaba el efecto de su radiación deshidratante. El viejo esperó sin éxito, que su acompañante dijese algo. El hombre era callado de verdad. Sin desanimarse, continuó:

-También se dice que habían acordado la obligación de proteger a sus muertos; que siempre tendría que haber alguno de ellos cuidando el cementerio; y que esta tradición tenía que transmitirse de padres a hijos. Parece que lo que más les preocupaba era que alguien profanara sus tumbas. Señor, eso aquí es muy frecuente, incluso vienen turistas de la capital a llevarse como recuerdo cosas sacadas de alguna sepultura. Ya se han llevado casi todas las calaveras. Dicen que las ponen de adorno en los escritorios, y a veces, ¡hasta las usan de ceniceros! Eso sí que es una falta de respeto, ¿no le parece?

El hombre lo miró en silencio, con mirada que sugería la profundidad negro azulada de un lago al pie de un glaciar. Parecía escuchar todo con interés. El viejo siguió:

-Una vez llegó allí un gringo, un tal mister Wilkinson, o algo por el estilo. Era medio raro. Bueno, aquí todos los que llegan son un tanto extraños. Tal vez sea algo inevitable; a ningún cristiano con el juicio sano se le ocurriría venirse para acá. Parece que antes había trabajado de maquinista en la planta de fuerza de la oficina salitrera María Elena. Mi taita me contó que en esa época, trabajaban allí puros gringos, todos buenos para el trago; pero muy cumplidores con la pega, aunque anduvieran con el cuerpo malo. La pega era bastante aburrida y se entretenían jugando cartas y dominó. Tenían que mantener funcionando día y noche unos motores diesel enormes, cuidando que el humo de los escapes no fuera negro. A veces los maquinistas se entusiasmaban con el juego y descuidaban los motores, que ya estaban muy viejos y se desajustaban a cada rato; entonces empezaban a quemar petróleo demás, y el humo de los escapes se ponía negruzco. Pero el gringo jefe de María Elena, los tenía rochados y los controlaba desde su oficina mirando el humo con un anteojo de larga vista. Cuando el humo se ponía oscuro,

llamaba por teléfono al jefe de la planta de fuerza y se lo penqueaba sin compasión. Así era la cosa entonces.

El viejo se detuvo un momento para acomodar su montura. El forastero redujo el paso para darle tiempo, dejando vagar una mirada inexpresiva por el paisaje circundante. Sin mirarlo, como si hablara para sí mismo, el viejo reanudó la marcha y continuó platicando.

-El gringo era solo y callado como tumba, pero cuando se emborrachaba se ponía a cantar, y conversaba con todo el mundo, en una jergonza mezcla de inglés y castellano que apenas se entendía. Era buena gente, al final todos lo querían. Sobre todo las mujeres, que lo encontraban buen mozo y le coqueteaban. Parece que además tuvo un crío con la muchacha que le preparaba la comida. Pero de todo eso no se habló mucho; y cuando murió, la mujer se fue con el chiquillo y nunca más se supo de ellos.

El forastero pareció sonreírse, pero no dijo nada. El viejo siguió hablando:

-Al mister le gustaban las minas de oro. Se le había metido en la cabeza, la idea de que tenía que haber una veta de mineral no descubierta aún, con mucho oro, y que era cosa de ponerle tinca para encontrarla. Y se dedicó a buscarla con paciencia de gringo. Usted sabe señor, lo machaca que pueden ser esos tipos cuando se les mete algo dentro de la cabeza, no paran hasta salir con la suya o se mueren en el empeño. Y así fue. Un día se produjo un derrumbe en la mina, el gringo estaba adentro y quedó atrapado en un túnel lleno de escombros. No lo pudieron sacar, y allí quedó sepultado. La gente del pueblo se puso muy triste; habían llegado a considerarlo como parte de la familia, sobre todo después de lo del chiquillo. Pero lo que más los apenó, fue que quedó sepultado con ropa y que para que descansara en paz, había que quitársela. Sí señor, usted pensará: "¡Pero que gente más ridícula!" Pero así pensaban ellos. Esas eran las ideas que tenían. Como yo le había contado antes. Así era la cosa allí.

El viejo creyó notar que su acompañante se había estremecido, pero continuó callado. Tal vez fuera efecto del frío de la tarde, pues el día que llegaba a su fin.

Siguió hablando:

-Al final la gente se consoló, diciendo que esa era una labor pendiente, y que algún día habría que cumplir con ese compromiso. Por lo demás –dijeron-, esa era obligación de su hijo. Pues lo menos que se le puede pedir a un hijo, es que entierre a su padre como Dios manda. ¿No le parece señor? Así se piensa aquí.

Por primera vez en el día, el forastero asintió moviendo la cabeza con gesto afirmativo. El viejo suspiró, miró a su alrededor con ojos de conocedor, y sin notar nada extraño dijo:

-Bueno señor, parece que ya llegamos. Aquí lo dejo. Yo pasaré por acá el próximo mes. Si se va a quedar aquí y necesita que le traiga algo, me lo puede encargar ahora; pues como le dije en este pueblo ya no vive nadie, salvo los muertos. A propósito, si me preguntan por usted ¿cuál es el nombre?

-Wilkinson, Manuel Wilkinson.







# CUENTOS DE LA PAMPA

## GANADORES

**Bajito Fortuno, el Ajicito y la Asombrosa**  
Banda de Hilda Tejerina  
*José Miguel Ossandón*

**Chacabuco: Contrapunto de la Memoria**  
*Javier Díaz*

**El Último Campeonato**  
*Rodrigo Ramos*

## MENCIONES HONROSAS

**El Burro de la Oficina Mapocho**  
*Nancy Zepeda*

**Los Dueños de María**  
*Mario Castillo Suárez*

**Wilkinson**  
*Patricio Patrickson Prada*



**EL MERCURIO**  
**DE ANTOFAGASTA**